

La conquista del dragón

José Antonio Carretero Sevilla

© José Antonio Carretero Sevilla 2003
© 2003 de la edición española : **mtm editores**
Barcelona (España)
PRIMERA EDICIÓN : Junio 2003
SEGUNDA EDICIÓN: Septiembre 2004
Diseño y maquetación de las dos primeras ediciones en papel: **mtm editores**
Depósito legal: SE-3555-2004
ISBN: 84-95590-31-X
Impreso en España por Romanyà Valls S.A.
Capellades (Barcelona) (PRIMERA EDICIÓN)
Impresión de la SEGUNDA EDICIÓN: Publidisa
© Texto, foto y diseño de portada de las ediciones digitales (a partir de octubre de 2016): José Antonio Carretero.
ISBN de las diferentes ediciones digitales: aparece en la Web de descarga.

A Virginia, el verdadero amor de mi vida.

A Sergio, cuando crezcas, confío en que este libro te ayude a conocerme mejor.

Y a todos los que me ayudaron, y aún me ayudan a recorrer mi propio camino.

Reseña de **La Nueva España** por Tino Pertierra:

Una nueva voz para el coro narrativo de Asturias: José Antonio Carretero. Nacido en Avilés en 1969, debuta con la novela breve **La conquista del dragón**. Publicada por MTM-Editor. Todo un tratado de esperanza y optimismo para lectores que quieren inyectarse moral en vena con la historia de un personaje que, ayudado por un misterioso guía espiritual, se adentra en un universo donde la magia se convierte en la principal aliada de quienes luchan por sus sueños hasta la extenuación.

Con la defensa a ultranza de la capacidad del ser humano para enderezar el rumbo de sus vidas y domesticar los azares más hostiles, Carretero abre su camino narrativo con una historia de miedo y crecimiento interior donde el coraje, la imaginación y la ilusión forman una alianza contra el miedo, el desaliento y la claudicación. Todo ello protegido con las armas de la agilidad narrativa y la destreza en los diálogos.

Nota del autor (octubre de 2016)

Cuando escribí “La conquista del dragón”, hace más de una década, no sabía conscientemente *qué era el dragón*. Hoy en día sé que es lo que los kahuna, los chamanes hawaianos, llaman “memorias negativas almacenadas en nuestro subconsciente”. Otras formas de llamar al dragón podrían ser memorias activas, programación subconsciente negativa, programas limitantes etc.

¿Cuál es el origen de estas memorias negativas?, la respuesta es compleja: quizás cuando éramos pequeños, siendo muy sugestionables, alguien nos dijo algo negativo sobre nosotros mismos que nos creímos. Quizás pasamos por algunas experiencias emocionales tan duras que no fuimos capaces en su momento de experimentarlas al cien por cien y dejarlas ir, y al no poder lidiar con ellas, las suprimimos, reprimimos o bien escapamos de ellas, quizás algunas vengan de otras vidas.

Para poder llevar una vida llena de salud, paz, prosperidad etc, tenemos que “limpiar” toda esa negatividad almacenada en nuestro subconsciente que limita todos los aspectos de nuestra vida.

En este libro no aprenderás como hacer tal cosa porque yo mismo no lo sabía en esa época. Sí sabía que tenía que ver con algún tipo de trabajo interior relacionado con el perdón pero la verdad es que aún estaba perdido.

¿Por qué leer este libro entonces?. Bueno, es posible que si lo haces pases un buen rato y te pique el gusanillo. Si es así, tarde o temprano, emprenderás un viaje que te llevará a descubrir cómo librarte finalmente de esas memorias negativas. Si estás leyendo estas líneas en vez de estar delante del televisor ya tienes parte del recorrido hecho. Por algún motivo este libro ha llegado a tus manos precisamente ahora. Las casualidades no existen.

Sinopsis

David siempre se ha preguntado el porqué de ciertos acontecimientos de su vida. A pesar de sacar muy buenas notas en el instituto, nunca ha sido capaz de encontrar la respuesta. Un buen día, después de conocer a un enigmático personaje, decide emprender ese viaje interior que todos debemos realizar tarde o temprano. A partir de ese momento empezará a comprender que somos nosotros mismos quienes atraemos a nuestra vida todas las situaciones con las que nos encontramos a diario y comenzará entonces su verdadero aprendizaje.

-Un relato sobre el miedo y el crecimiento interior-

PRIMERA PARTE

EL DRAGÓN DEL CASTILLO

-Y bien, ¿cómo podré llegar hasta la mujer de mi vida, la princesa de mis sueños? -preguntó David-

-¡Oh!, eso es muy fácil, todo el mundo conoce el camino. La mujer de tu vida, la princesa de tus sueños de la que hablas se encuentra en un castillo no muy lejos de aquí. Simplemente tienes que seguir este sendero para encontrarlo, no tiene pérdida. Tu princesa se haya en el interior. El castillo está rodeado por un foso lleno de agua, de modo que los únicos accesos a su interior son cinco puentes que parten de las cinco puertas que lo rodean. Sobre el centro de uno de estos puentes hay un dragón. Ésa es precisamente una de las opciones que tienes de entrar en el castillo.

-Entonces, ¿quieres decir que el dragón es inofensivo?

-¡Oh no! -exclamó Dur soltando una sonora carcajada-. El dragón está continuamente expulsando enormes bocanadas de fuego, si una sola de ellas llegara a alcanzarte aunque fuera de lejos, te dejaría completamente calcinado, reducido a un montón de cenizas al instante.

-¿Y cómo voy a cruzar el puente con ese dragón ahí acechándome?, ¿acaso deberé esperar a que esté dormido?

-No, ésa tampoco sería la solución, ese dragón está despierto siempre que tú lo estés. Es más, sólo duerme parte del tiempo que tú pasas dormido.

-Entonces, ¿Cómo podré pasar sin que se dé cuenta?

Dur volvió a reír a carcajadas.

-No podrás. Para pasar tendrás que matarlo, por supuesto.

-¿Matarlo?, ¿te has vuelto loco?, ¿cómo voy a matar a un dragón que puede pulverizarme con sólo respirar?

-¡Diablos, cómo voy a saberlo!, ¿crees que yo lo sé todo simplemente porque te estoy guiando?. Yo sólo te digo qué opciones tienes , pero el camino que decidas seguir tendrás que recorrerlo con tus propios medios.

David se quedó pensativo unos instantes hasta que por fin dijo:

-Dur, has dicho que hay cinco puentes que tienen acceso al castillo y sólo en uno de ellos está el dragón ¿no?

-Sí, se trata del puente más grande de los cinco y es el primero que encontrarás si sigues recto el sendero.

-¿Y por qué no puedo rodear el foso y entrar en el castillo por cualquiera de los otros cuatro puentes que también tienen acceso?

-Yo no he dicho que no puedas. De hecho, si esa fuera tu decisión, sólo tendrías que elegir uno de ellos y, una vez cruzado, tendrías a tu princesa entre tus brazos. Es más, en ese caso, dejarías de ver al dragón incluso en el puente principal y podrías entrar y salir del castillo por cualquier acceso.

-Dur, dime ¿por qué tengo la certeza de que no es así como debo entrar en el castillo?

-David, es tu voz interior, a la que cada vez estás más conectado, la que te hace sentir que, efectivamente, ésa no sería la mejor opción. Verás, ¿recuerdas que te dije que el dragón está despierto como mínimo todo el tiempo que tú lo estés?

-Sí, aunque no te dije nada entonces, me extrañó mucho oírte decir eso. Dime, ¿acaso está el dragón conectado a mí de algún modo?.

-Has dado en el clavo. Tú verás al dragón en el puente principal y podrás decidir enfrentarte con él, o ignorarlo entrando en el castillo por cualquier otro sitio, pero en realidad el dragón está dentro de ti. Vive contigo. Si al final decides casarte con tu princesa sin haberlo vencido, poco a poco empezarás a verle los ojos cuando mires el rostro de tu esposa. Con el paso del tiempo empezarás a sentir su pútrido aliento en sus labios y entonces dirás: —“ésta no es la princesa con la que me casé”. Empezarás a buscar otras princesas pero en todas ellas sentirás las mortales bocanadas de fuego del dragón y lo que es peor, también las sentirás dentro de ti.

Con el tiempo te darás cuenta de que, efectivamente, el dragón también está en tu interior y volverás al puente principal para enfrentarte con él. Ahora bien, la decisión de en qué época de tu vida harás esto es solamente tuya, nadie puede decidirlo por ti, incluso puedes inclinarte por dejar que el dragón viva dentro de ti y no enfrentarte a él jamás.

Dur y David se sentaron debajo de un árbol al borde de un lago y permanecieron allí un rato sin pronunciar ninguna palabra. Dur tenía los ojos cerrados y disfrutaba de la agradable brisa que acariciaba su cara. David permanecía pensativo dándole vueltas en la cabeza a todo lo que le había dicho Dur.

Se preguntaba por qué tenían que existir los dragones, por qué tenía uno que pasarse la vida superando pruebas y obstáculos. Empezaba a estar cansado y un poco harto de todo. En ese momento decidió cambiar de postura y tumbarse sobre la hierba. Poco a poco, comenzó a notar como empezaban a relajársele los músculos y a disfrutar de la temperatura tan agradable que hacía.

Cada momento que pasaba era más consciente de que le encantaba el silencio reinante allí, sólo interrumpido por el suave soplido del viento y el piar de algunos pájaros imposibles de identificar. Por fin, durante al menos algún tiempo podría descansar y no tener que pensar en cómo derrotar al dragón.

-¡Qué paz reina en el ambiente! -pensó David alegrándose de que Dur no rompiera el silencio-.

Permanecieron así durante un tiempo indefinido. David no sabría decir si habían pasado cinco minutos o tres horas.

De repente, sin moverse nada y permaneciendo con los ojos cerrados, David empezó a ver al dragón en el puente. De alguna forma que no podía explicar sabía que estaba contemplándolo a cierta distancia así que no se inquietó lo más mínimo. Se fijó un poco más detalladamente en el dragón y vio como éste se debilitaba un poco desplomándose sobre su pata derecha.

-¡Dur, Dur! -gritó David incorporándose rápidamente- acabo de ver al dragón en una especie de sueño. Es increíble, pero me pareció

que estaba perdiendo un poco su inmensa fuerza. Tenías razón, es como si estuviese dentro de mí. No necesito estar en el borde del puente para verlo. ¿Cómo es que no lo había visto nunca antes?

-¡No digas tonterías! -contestó Dur- claro que lo habías visto antes, y muchísimas veces, solo que no tenía forma de dragón. Todo el mundo ve a sus dragones interiores, lo que pasa es que la mayoría de la gente cree estar tan ocupada que no les presta atención o sencillamente no quiere verlos.

-En tu caso -continuó diciendo Dur-, y desde que empezaste a caminar por este sendero, sólo ves a tu dragón cuando cambia la relación que mantienes con él. Y eso es precisamente lo que ha pasado ahora. Has sido capaz de olvidarte un poco del pasado y del futuro, incluso del sendero que estás recorriendo y así has disfrutado de un momento que podrías haber perdido para siempre.

-David, te has permitido el lujo de descansar, de relajarte por completo y de dejar de pensar en la forma de vencer a tu dragón. Has aprendido una forma de no agotar tu mente y eso ha hecho que cambie tu relación con él. De alguna forma que no se puede explicar con palabras, ya has empezado a derrotarlo. Has ganado una batalla.

David, que había escuchado atónito las palabras de Dur sin ni siquiera parpadear empezó de repente a sentirse muy orgulloso de sí mismo.

-¡Sí! -gritó entusiasmado empuñando una rama como si fuese una especie de espada-.

-Dur, ¿ves lo rápido que estoy aprendiendo?, ¡pronto derrotaré al dragón y entraré al castillo por la puerta grande!

No había acabado de pronunciar estas palabras cuando sintió un dolor agudo en la frente que le hizo caer de rodillas y cerrar los ojos. David se encontró otra vez contemplando al dragón. Éste se había recuperado por completo y mostraba una fuerza tan aterradora que hizo que David se arrepintiera al instante de las palabras que acababa de decir.

-Ten mucho cuidado con la presunción y la vanidad -irrumpió Dur- recuerda que el dragón vive dentro de ti y se alimenta de tus pensamientos. Tendrás que aprender a ser más humilde.

David se quedó paralizado, no podía mover ni un solo músculo. Era como si todo el mundo se le hubiese venido encima y era incapaz de reaccionar. Permaneció así durante unos instantes que le parecieron eternos, hasta que una voz interior le dijo: —“Tranquilo, no te desesperes, ¿qué mejor postura para empezar a aprender humildad que la de rodillas?”.

En esos momentos se sintió inmensamente agradecido por esa voz y decidió permanecer en silencio en esa postura con la cabeza agachada durante algún tiempo más.

Fue entonces cuando a su mente empezaron a llegar recuerdos del día en que conoció a Dur.

LOS COMIENZOS EN EL CAMINO

Aquel sábado por la tarde David había quedado con una chica de su clase que, aunque no era la más guapa del instituto, sí era una de las que a él más le gustaban.

Habían ido a tomar unas hamburguesas. David había planeado ir con ella al cine después de haber engullido toda aquella comida basura, pero no se sorprendió mucho cuando ella le dijo:

-Bueno David, me lo he pasado muy bien contigo pero ahora tengo que irme. He quedado con unas amigas y no quiero hacerles esperar.

-Vete, vete, no vayas a llegar tarde - contestó David tratando de aparentar que no le importaba -.

La chica se despidió y salió de la hamburguesería rápidamente dejando a David solo sin importarle lo más mínimo. Desde luego sus planes no incluían pasar más de media hora con él aquella tarde.

David, que aún tenía el último bocado en la boca se quedó masticándolo lentamente. Había algo en su interior que le había dicho que sus planes para esa tarde no iban a acabar bien. En ese momento se dio cuenta de que la escena que acababa de presenciar era un patrón en su vida, un patrón que conocía demasiado bien.

Lentamente abandonó la hamburguesería y deambuló pensativo durante un par de horas hasta que acabó sentado en un banco del parque.

Había anochecido, se podía ver la luna llena, la temperatura era muy agradable y se podían oír los grillos. Había una especie de magia en el ambiente. Ciertamente era una pena estar allí solo sin poder compartirlo con nadie.

Con los codos apoyados sobre sus rodillas y sosteniendo la cabeza entre sus manos murmuró:

-Nunca voy a encontrar al amor de mi vida...

-“Nunca” es demasiado tiempo - contestó una voz -.

A David le sorprendió muchísimo que alguien hubiera podido oír aquel leve murmullo pero le extrañó aún más que esa persona se hubiese atrevido a contestar.

Rápidamente se incorporó sin dejar de estar sentado, giró su cabeza hacia la derecha y fue entonces cuando vio por primera vez a Dur. Estaba sentado en el banco de al lado.

Dur tenía aspecto de ser un hombre enigmático. Era imposible calcular su edad, podría tener perfectamente entre cuarenta y sesenta años. Mostraba una barba poblada totalmente descuidada pero tenía el pelo corto y no le amenazaban las entradas. No llevaba corbata y su ropa era de lo más sencilla y humilde, sin embargo, sin duda era un hombre elegante.

Desprendía la sensación de ser una persona serena y disciplinada. A pesar de su barba, su aspecto era impecable. Parecía tener una forma física excelente y era totalmente imposible averiguar a qué se dedicaba. Podría ser barrendero, taxista, carpintero, catedrático, militar... cualquier cosa. Su voz era grave y muy agradable. Emanaba un aura de misterio que hizo que David sintiera una enorme curiosidad por él.

Su voz interior le decía que, además de un oído extremadamente sensible, ese hombre encerraba otros muchos misterios.

-Perdone, ¿ha dicho usted algo? -musitó David-.

-Sí, he dicho que “nunca” es demasiado tiempo -volvió a contestar Dur-.

La sorpresa de David aumentaba por momentos.

-¿Nos conocemos de algo? -preguntó David intentando obtener más información de aquel hombre-.

-Pues claro, nos hemos cruzado cientos de veces, por sólo hablar de estos últimos años.

David encontraba familiar a Dur. De alguna forma misteriosa sabía en su interior que el hombre tenía razón. Sin embargo, no podía recordar nada de él, al menos conscientemente. Incluso sentía ganas de tutearlo pero tenía que mantener la distancia, después de todo, era un desconocido.

-Por supuesto que puedes tutearme -dijo Dur soltando una fuerte carcajada-, no sabes la gracia que me ha hecho que me hayas tratado de usted -continuó diciendo sin dejar de reírse.

David no podía creerlo. Ese hombre le había leído el pensamiento.

-Bueno -dijo David titubeando-eehh... la verdad es que me resultas familiar aunque ahora mismo no te recuerdo, ¿cómo te llamas?.

-Me llamo Dur, aunque eso no es importante.

-Yo me llamo David. Dur, ¿de verdad oíste lo que murmuré antes?

Dur se rió con ganas y sin responder a la pregunta dijo:

-¿En serio crees que no vas a encontrarla nunca?

David volvió a apoyar los codos sobre sus rodillas, dejando descansar la cabeza de nuevo sobre sus manos. Ahora estaban los dos sentados en el mismo banco.

-Ya estoy harto de que siempre me pase lo mismo. Últimamente ni siquiera me sorprende cuando me dejan plantado. De alguna forma incomprensible, es como si ya supiera lo que iba a pasar.

-¿No te has preguntado nunca por qué te atraes ese tipo de situaciones?

Ahora sí que David estaba confundido.

-No entiendo lo que quieres decir - dijo David mirando a Dur fijamente.

-Verás, siempre atraemos a nuestra vida todo lo que nos pasa. Somos como imanes. Si te has encontrado en más de una ocasión con situaciones como esa, es porque necesitas aprender algo de ellas. Nada te sucede por casualidad. Si no aprendes las lecciones que encierran, chocarás continuamente con los mismos muros.

La curiosidad de David crecía cada vez más. Aquello parecía tener sentido pero necesitaba saber más cosas. Si interrumpía ahora la conversación y se marchaba, se quedaría mucho peor de lo que estaba, así que siguió hablando.

-Bueno, ¿y por qué no me dices lo que tengo que aprender?. Hoy es sábado, todavía podría tener éxito.

Dur no pudo aguantar la carcajada y después de haberse reído durante unos segundos que a David le parecieron interminables afirmó:

-David, ¿te imaginas que un compañero tuyo de clase se sentara al

lado de ti cinco minutos antes de un examen importante y te pidiera que le explicases qué hay que hacer para aprobar?. Me imagino que reaccionarías ante su pregunta tal y como yo he reaccionado ante la tuya, es decir, con una inmensa carcajada ¿no?.

David asintió con la cabeza.

Tras un silencio de unos pocos segundos en los que David intentó encontrar las palabras para rebatir a Dur sin conseguirlo, dijo muy lentamente:

-Bueno... pero... me imagino que habrá un comienzo ¿no?

-¡Por supuesto!, todos los viajes tienen un comienzo. Y no dudes ni siquiera por un instante de que, es precisamente un viaje lo que tienes que hacer para encontrar a tu princesa, tu alma gemela, la chica de tus sueños o como quieras llamarla, y lo que es más importante, para ser feliz con ella.

-¡Qué personaje tan extraño! -pensó David-. Sin embargo, su intuición le decía que tenía razón y ésta no solía fallarle últimamente.

-¿Acaso no fue mi intuición la que me dijo que acabaría quedándome solo en la hamburguesería? - recordó David para sus adentros.

David volvió a quedarse pensativo durante algunos segundos más, hasta que, sonriente, le dijo a Dur:

-¡Ya sé!, tú vas a ayudarme a recorrer el camino ¿no?

-¡Diablos, no!, me vas a matar de risa -contestó Dur- sin hacer ningún esfuerzo por reprimir sus carcajadas.

-Nadie puede ayudarte en el camino de ese viaje. Si alguien lo intentara, lo único que conseguiría sería que aprendieses menos lecciones al intentar facilitarte las cosas, y eso, más que ayudarte, te perjudicaría. Lo que sí puedo hacer es indicarte el camino, pero de ningún modo ayudarte una vez que estés dentro de él. Eso sí, cuando hayas aprendido algo importante y decidas descansar hasta que te llegue la siguiente lección, podré estar contigo.

-Es decir que, cuando se pongan las cosas difíciles desaparecerás ¿no?

No había acabado David de formular estas palabras cuando Dur volvió a estallar en carcajadas, incluso se tumbó en el banco para poder disfrutar todo lo posible de su risa. David ya estaba empezando a hartarse un poco de tan desbordante jolgorio. Se consideraba una persona muy inteligente, prueba de ello eran las excelentes notas que sacaba. Sin embargo, ante Dur, le daba la impresión de estar quedando como un tonto.

Una vez recuperado de su risa, Dur siguió hablando:

-David, si quisieras tener una forma física excelente, ¿qué harías?

-Haría deporte, entre otras cosas.

-Por ejemplo, correr varios kilómetros todos los días ¿no?

-Bueno, sí, ésa sería una de las opciones -contestó David intentando averiguar a dónde quería ir a parar Dur.

-Pero correr todos los días varios kilómetros exige un esfuerzo, ¿no es así?

-Pues claro, sobre todo al principio.

Imagina por un momento, que, justo cuando has empezado a

correr, alguien te ofreciera recorrer todo el camino que te queda en coche. Si aceptaras, por supuesto, irías más cómodo, llegarías antes, y no te costaría ningún esfuerzo, pero, y ahora viene lo más importante, no mejorarías tu forma física.

-Ahora lo entiendo -dijo David-, es como los exámenes. Un compañero que esté más preparado que tú puede ayudarte a prepararlos pero nunca los podría aprobar por ti.

El hecho de que Dur permaneciera sin troncharse de risa hizo pensar a David que por fin había dejado de parecer un tonto.

Dur continuó en silencio unos instantes más durante los cuales David empezó a intuir cuáles serían sus próximas palabras, pero esta vez permaneció con la boca cerrada por si acaso.

-David, el viaje del que te he hablado es un sendero que todo el mundo debe recorrer, ahora bien, cada uno puede ir a su ritmo, descansar todo el tiempo que quiera y cuando lo crea necesario. Tú tendrás el privilegio de recorrerlo de forma consciente. A partir de ahora, siempre que quieras, podrás entrar en el sendero con solo cerrar los ojos durante unos segundos. No temas, yo siempre estaré contigo.

David se alegró mucho de no haber abierto la boca, ya que, de haberlo hecho, habría vuelto a meter la pata.

Pensando en las palabras de Dur cerró los ojos durante unos segundos considerando la posibilidad de que el hombre que estaba sentado a su lado estuviese loco. Como no tenía nada que perder, siguió sin abrir los ojos durante unos segundos más y poco a poco se relajó y dejó de darle importancia a cualquier pensamiento que acudiera a su mente.

De repente, sintió como una luz blanca acompañada de sensaciones intermitentes de calor y frío invadía todo su cuerpo. Abrió los ojos inmediatamente y lo que vio le hizo preguntarse si eso era la realidad o simplemente estaría soñando.

EL BOSQUE MÁGICO

El banco y el parque entero habían desaparecido. Se encontraba en un lugar completamente diferente, una especie de bosque muy frondoso con árboles altísimos. A un par de metros de distancia pudo ver una especie de pájaro enorme que parecía sacado de una película de ciencia ficción. Los sonidos que estaba oyendo no se parecían a los de ningún animal conocido, pero eso no era lo más asombroso. Lo que sin duda más le llamó la atención fue ver que era completamente de día.

-Sin duda, debo estar soñando -pensó David-.

-No estás soñando -dijo Dur, que seguía encontrándose a su lado.

-¿Pero cómo es esto posible?, ¿dónde estamos? -preguntó David con voz temblorosa-.

-Donde esté yo no importa. Lo que sí importa, y mucho, es dónde estás tú. ¿Ya has olvidado lo que te dije hace un minuto David?

David intentó no perder la calma y recordar.

-¿Estoy en el sendero del que me has hablado?, por un momento pensé que estabas loco, aunque pensándolo bien puede que el que se ha vuelto loco sea yo.

Dur volvió a troncharse de risa, cosa que esta vez no le importó lo más mínimo a David, todavía estaba recuperándose de ese cambio tan brusco.

-David, ahora estás precisamente al principio del sendero. Tienes que estar muy agradecido de poder recorrerlo de forma consciente, la mayoría de la gente lo recorre inconscientemente y anda perdida la mayor parte del tiempo.

Podrás entrar y salir de él siempre que quieras. Cuando lo hayas recorrido entero, tendrás tu princesa.

Fue en esos momentos cuando David dejó de recordar sus comienzos en el camino.

Sus rodillas empezaban ya a dolerle así que se incorporó y levantó la cabeza.

-Vaya, -dijo Dur- parece que ya has salido de tu especie de trance.

-Sí.

David siempre había sido muy buen estudiante con una capacidad extraordinaria para la síntesis así que intentó aplicar su forma de estudiar a todo aquello y dijo:

-Dur, a ver si lo he entendido bien. Me has dicho que veré al dragón siempre que cambie en algo mi relación con él aunque yo no esté al lado del puente donde se encuentra, ¿estoy en lo cierto?

-Sí.

-Y para entrar y salir de este sendero sólo tendré que cerrar los ojos y concentrarme durante unos segundos, teniendo en cuenta que todo el proceso será consciente a diferencia de lo que le pasa a la mayoría de la gente ¿no es así?.

-Sí, vas muy bien.

-¿Y qué pasaría si yo hiciese algo que cambiara mi relación con el dragón estando fuera del sendero, ¿también lo vería?

-A partir de ahora siempre verás al dragón. Podrás descansar

dentro y fuera del sendero, pero no librate de él sin hacer tu trabajo. David, a quien no verás más fuera del sendero, será a mí. Ya no me necesitas, sin embargo, sí estaré contigo cada vez que decidas entrar.

-¿Debo saber algo más?

-Sí, para recorrer este sendero no hace falta estar dentro. Cada vez que avances en tu mundo, avanzarás también en este, pero ¡ojo!, lo contrario también es cierto, si retrocedes en uno, lo harás también en el otro. Sabrás en qué sentido vas cada vez que veas al dragón. De momento sólo me queda una cosa por decirte.

-Dur, me siento agotado, tengo ganas de irme a casa a reflexionar sobre todo esto y dormir un poco, pero antes, dime de qué se trata.

-Si comentas lo que te ha pasado con alguien que aún no haya empezado a recorrer su propio sendero, te tomarán por loco, lo que hará que se retrase tu aprendizaje tanto dentro como fuera de aquí.

-Entiendo... bueno, la discreción siempre ha sido una de mis virtudes. Debo decirte que este último comentario no era realmente necesario.

-Yo nunca te haría un comentario gratuito. Lo que quiero decirte es que no trates de dar lecciones a nadie.

David estaba tan cansado que decidió dejar la reflexión de este asunto para más tarde.

-Bueno Dur, volveremos a vernos.

-Lo sé.

David cerró los ojos durante unos instantes y al cabo de unos segundos volvió a encontrarse sentado solo en el parque. Se fue a casa y se acostó.

El día siguiente era domingo así que no tenía que madrugar para ir a clase. Durmió profundamente durante casi diez horas, tuvo un sueño muy reparador. Al levantarse se quedó un rato sentado en la cama pensando en Dur y en todo lo que le había pasado el día anterior. Se preguntaba si todo habría sido un sueño, la verdad es que los recuerdos eran muy nítidos pero también lo eran los de otros sueños que había tenido.

Decidió no pensar más en ello por el momento y se fue a la cocina a desayunar. Sus padres ya se habían ido. Pasarían el día fuera de excursión.

-Bueno, es hora de volver al “mundo real” -pensó David-. Se tomó una taza de chocolate llena hasta los topes con galletas y empezó a planear lo que haría ese domingo. David era un estudiante excelente y muy disciplinado, llevaba todos sus estudios siempre al día así que nunca dedicaba ningún fin de semana a realizar trabajos de clase y desde luego, éste no iba a ser diferente. Sus amigos no tenían la misma forma de plantearse los estudios, en época de exámenes, precisamente en la que estaban ahora, se quedaban estudiando todo el fin de semana, por lo que ni siquiera se le pasó por la cabeza llamar a ninguno de ellos.

A David se le vinieron a la mente un montón de ideas para pasar el día, pero a los pocos minutos de haber empezado con una, se cansaba, la dejaba y pasaba a la siguiente hasta que por fin se dio cuenta de que no encontraba satisfacción en ninguna de ellas.

Pensativo, se tumbó en la cama. Ahora lo tenía muy claro, el

recuerdo de Dur, del dragón y del bosque frondoso de árboles gigantes por los que discurría el sendero no le dejaba concentrarse en nada. Entonces decidió cerrar los ojos durante unos momentos, así averiguaría si todo había sido un sueño.

Antes de lo que pensaba, volvió a verse envuelto por una luz blanca y a sentir frío y calor. Cuando abrió los ojos, volvía a encontrarse en el bosque frondoso de árboles gigantes.

-Vaya- pensó- así que no era un sueño.

En el bosque reinaba una oscuridad casi absoluta. Aunque era una noche de luna llena, las copas de los enormes árboles casi no dejaban pasar la luz.

El silencio era casi total.

El hecho de que fuera de noche no le sorprendió a David, sabía que se podía encontrar con cualquier cosa siempre que entrara en el sendero. Lo que sí le extrañó, y mucho, fue que Dur no se encontrara allí. Recordaba perfectamente lo que le había dicho. Volvió a hacer memoria y pensó:

-Seguramente debo estar en una especie de prueba en la que él no se puede entrometer, ¿de qué se tratará esta vez?

En ese momento oyó como alguien se acercaba desde uno de los bordes del sendero.

-Debe ser Dur- pensó-.

Se dio la vuelta y empezó a caminar lentamente en su dirección.

David se extrañó de que su corazón empezara a latir con fuerza. Todavía no sabía que el cuerpo puede ser más sabio que la mente en algunas ocasiones.

Al aproximarse un poco más, de repente se quedó paralizado, sobresaltado por un rugido de una intensidad aterradora, los pelos se le erizaron y empezó a sentir un sudor frío.

LA BESTIA DEL SENDERO

Inmediatamente dejó de pensar con su mente racional, desde luego, no iba a quedarse allí para averiguar de qué tipo de monstruo se trataba así que, guiándose por su instinto, dio media vuelta y empezó a correr como nunca en su vida lo había hecho. El sendero estaba sombrío, tenebroso, más que verlo, David lo intuía. Durante unos minutos que le parecieron una eternidad superó todo tipo de obstáculos sin ni siquiera pensar en ello, saltó piedras enormes y ramas caídas que obstruían su camino, tuvo que agacharse en más de una ocasión para evitar golpearse con las ramas más bajas de un segundo tipo de árbol que apareció de repente. Sin duda, si eso hubiese sido un examen de educación física, habría sacado un sobresaliente y superado con creces el record de su clase e incluso del instituto entero.

Poco a poco, dejó de oír esos tremendos bramidos. Exhausto, dejó de correr deseando que el monstruo o lo que fuese, hubiera decidido dejar de perseguirlo, se giró para cerciorarse, casi no podía contener el aliento y estaba empapado en sudor. Fijó su vista en la dirección de la que habían provenido los terroríficos alaridos. Durante unos segundos no vio ni escuchó nada pero su olfato percibió un hedor insoportable y su corazón no dejaba de acelerarse, parecía que se le iba a salir del pecho. De repente, una bestia gigante salió de la oscuridad y se abalanzó sobre él tirándolo al suelo, haciéndole rodar unos cuantos metros. Antes de que David pudiera reaccionar, la bestia ya se había *acomodado* encima de él.

David quedó paralizado por el miedo, estaba tumbado boca arriba. La horrible bestia tenía por lo menos seis patas que lo rodeaban sin aplastarlo dejándolo sin escapatoria posible. El cuerpo de aquel animal era enorme e impedía que pasara la poca luz que había aquella noche por lo que David apenas podía ver nada. La bestia despedía un olor nauseabundo, el ruido que hacía su aparato digestivo se podía oír perfectamente ahora que había dejado de rugir.

-Esto es el fin -pensó David, intuyendo, esta vez sin equivocarse, porque esta bestia había dejado de emitir sonidos amenazadores: tenía la seguridad de haber atrapado a su presa y era imposible que ésta se escapara escabulléndose entre sus patas.

Acabar aplastado y engullido sólo era cuestión de tiempo. En esos instantes David recordó todas las chicas que le habían dado calabazas. A pesar de sacar siempre muy buenas notas, ser muy popular entre los profesores y tener un físico más que aceptable, nunca consiguió salir con ninguna, todas se apartaban de él al poco tiempo.

Siempre se había preguntado por qué pero nunca había hallado la respuesta.

-Y ahora todo se va a acabar aquí -pensó-. Tenía que haber disfrutado más de mi vida, no tenía que haber perdido tanto tiempo buscando la chica perfecta que quisiera salir conmigo, no *necesitaba* nada más de lo que ya tenía para ser feliz. Es una pena que haya tenido que llegar hasta aquí para darme cuenta.

Justo en los momentos en que a David se le pasaban esas ideas por

la cabeza pudo ver un relámpago al que le siguió un ensordecedor trueno.

-Vaya, ya era hora - dijo Dur, que había aparecido a su lado.

David casi no podía creer lo que estaba viendo. El monstruo que lo tenía acorralado había desaparecido de repente. Se había hecho de día por completo y en su mente había aparecido una imagen muy fugaz del dragón que se había desvanecido al instante, no sin antes haberle dado tiempo a comprobar que éste se había debilitado un poco.

-¡Dur! -gritó David-, ¿por qué no has aparecido antes?, ¡esa bestia casi me mata!.

-Pero si ya estabas casi muerto antes de que apareciera -contestó Dur, volviéndose a tronchar de risa. Es más, ha sido precisamente esa bestia, como tú la llamas la que te ha salvado. En cuanto a mí, ya te dije que estaría contigo siempre que estuvieras en el sendero pero que no haría el camino por ti, eso es cosa tuya. Permanecer solo es la única forma que tienes de aprender, no hay atajos ni caminos más fáciles.

En esos momentos David, que ya se había incorporado se dio cuenta de que había avanzado parte del sendero y de que cada vez le quedaba menos para llegar al castillo pero desde luego, lo primero era pedir a Dur que le explicase lo que había ocurrido.

-Creo que todavía no entiendo muy bien lo que ha pasado, ha sido todo tan rápido que aún no me ha dado tiempo a asimilarlo.

Cuando David estaba interesado en aprender algo, nunca escatimaba en medios ni en tiempo para conseguirlo. Si tenía que pasar un día entero en una biblioteca buscando un libro sobre un tema que le interesaba, no lo dudaba ni un momento. Nunca se daba por vencido. Tenía una auto disciplina inquebrantable y ahora que había encontrado un profesor como Dur, un filón inagotable de conocimientos, desde luego no iba a desperdiciar la oportunidad de exprimir su sabiduría al máximo.

-Puede que quizás no lo hayas asimilado todavía -dijo Dur -pero has dado un gran paso y has aprendido algo muy importante. Ahora, simplemente tienes que grabártelo en tu subconsciente para que ese conocimiento que has adquirido vaya contigo a todas partes y sea operativo.

-Bueno, ¿y qué es lo que se supone que he aprendido?.

-Te has pasado la vida buscando novia ¿no?

-Sí, ¿y qué hay de malo en eso si puede saberse?

-Nada, mientras la busques siendo consciente de que no la necesitas. En cuanto la búsqueda se convierte en necesidad surgen los problemas. Verás, si necesitas la compañía o el afecto de otra persona para ser feliz, tu felicidad ya no dependerá de ti sino de esa otra persona. Tarde o temprano, esa persona se dará cuenta, al menos en su subconsciente, de que dependes de ella, es como si le robases su energía porque tú no puedes acceder a la tuya propia. Se sentirá agobiada y entonces desaparecerá a la mínima oportunidad. Piénsalo bien David, ¿te gustaría que alguien dependiese de ti para ser feliz?, ¿acaso no elegirías tú a una chica llena de vitalidad que ya fuese feliz por sí misma para compartir tu tiempo con ella?. Si esa persona, en cambio, te *necesitara*, intentaría pasar todo su tiempo libre contigo y entonces te

sentirías asfixiado. ¿Qué harías tú entonces?

-Saldría corriendo a la mínima oportunidad -dijo David sin pensárselo dos veces-.

-Pues eso es precisamente lo que han hecho tus amigas del instituto contigo.

David se quedó pasmado pensando en las palabras de Dur. Por fin había averiguado la respuesta a la pregunta más importante que se había hecho en los últimos años. Decidió que recordaría las palabras de Dur para volver a ellas mentalmente más tarde y consolidar así lo que acababa de aprender.

Bueno, sí... la verdad es que cuando me centro en algo que estoy haciendo, no necesito a nada ni a nadie más para ser feliz.

-¡Has vuelto a dar en el clavo David! y precisamente la bestia , como tú la llamas te lo ha recordado aunque para ello casi haya tenido que engullirte vivo.

David poco a poco empezaba a comprenderlo todo. El sendero era realmente algo mágico y poderoso. Es como si fuera un espejo que reflejaba las partes de él que aún tenían mucho que aprender. ¿Qué lección le depararía la siguiente prueba?. Antes de enfrentarse a ella decidió que volvería a su mundo, tomaría notas de las palabras de Dur e intentaría asimilarlas con más calma.

-Dur -dijo David mirándolo fijamente a los ojos -todavía me queda un trozo largo del sendero ¿no?

-Sí, pero no es nada que no pueda conseguir un ser humano cualquiera, además, ya has recorrido bastante y es bueno que decidas descansar para asimilar y consolidar lo aprendido antes de continuar con tu aprendizaje.

Dur había vuelto a leerle el pensamiento pero a estas alturas, eso ya era algo que había dejado de sorprenderle.

-Bueno, Dur, nos veremos pronto.

-De eso estoy seguro.

David cerró los ojos durante unos momentos e intentó simplemente calmar el ritmo de su corazón que aún se estaba recuperando del mortal susto. No había pasado ni un minuto cuando empezó a percibir una luz blanca y a sentir calor y frío de forma intermitente. Cuando abrió los ojos de nuevo, volvía a encontrarse tumbado en su cama. Tomó nota de todo lo que había pasado y de las palabras de Dur. Dio gracias de que todavía fuera domingo, volvió a tumbarse y se durmió.

REFLEXIONES

Esta vez, David no necesitó mucho tiempo para descansar, cuando se despertó, pensó que todavía le quedaban muchas horas libres a ese día, así que decidió aprovecharlas bien.

-Después de haber dormido, uno siempre tiene la mente más despejada y se rinde más -pensó David, así que se preparó un par de bocadillos y algo para beber, cogió la libreta con todas las notas que había tomado sobre Dur y el sendero y empezó a caminar hacia el parque.

-Es curioso y, en cierta medida también irónico -se dijo-, si ahora mismo me llamase la chica más guapa del instituto para pasar el día conmigo, le diría que no. Ahora lo más importante para mí es meterme estas notas e ideas en la cabeza y que se me queden bien grabadas.

En ese instante, David sintió un dolor agudo en la frente y tuvo una visión del dragón, éste se había vuelto a debilitar. Cada vez le quedaba menos para encontrarse con él, pero David había aprendido a no preocuparse del futuro así que, en cuanto volvió en sí, siguió su camino.

-Dur tenía razón -pensó -, en cuanto me centro en lo que tengo que hacer y me olvido de la *necesidad* de tener novia, avanzo en el sendero-.

Ya en el parque David escogió un sitio tranquilo, se sentó debajo de un árbol y se dispuso a repasar todas sus notas.

Esta vez no se trataba de preparar un examen para volver a olvidarlo todo una vez que éste hubiera pasado. Tenía que meterse dentro de aquellas notas y grabárselas en lo más profundo de su ser para siempre. Las leyó y releyó, cambió de postura varias veces, repitió sus apuntes mentalmente mientras daba paseos alrededor del árbol.

Se metió dentro de sí mismo y no dejó que nada le distrajese, ni el murmullo que hacía la gente al hablar ni los graznidos de los patos. Incluso amplió sus notas con nuevas ideas que se le venían a la cabeza.

-La idea general está clara -pensó David-, no puedo esperar que otras personas llenen mi tiempo libre y mi vida cuando yo puedo hacerlo por mí mismo.

Aunque David no era consciente en esos momentos, con cada esfuerzo que hacía por asimilar esas palabras, avanzaba más en el sendero.

-Y claro -siguió pensando-, en el grupo de esas personas tengo que incluir a la novia que tanto tiempo llevo buscando.

David posó la libreta y el bolígrafo lentamente sobre el césped y no pudo evitar suspirar al pensar cuántas horas había perdido esperando en vez de hacer algo que a él le interesara y le llenara de verdad.

-No importa -murmuró -, ahora ya lo sé y nunca en mi vida volveré a olvidarlo. Al acabar de pronunciar estas palabras sintió como una intensa emoción le invadía por dentro y no pudo evitar empezar a llorar, las lágrimas le resbalaban a borbotones por las mejillas. No le importó que pudiese verlo alguien en ese estado. Lo que había aprendido era tan importante que todo lo demás le parecía superfluo.

Aquella semana se le pasó volando. Se concentró por completo en los exámenes y aún así, le quedó tiempo para hacer muchas otras cosas

que no requieren tanto esfuerzo mental como ver alguna película, ordenar un poco su habitación e incluso ir a dos fiestas de cumpleaños de unos compañeros de clase.

No se preocupó en ningún momento de intentar atraer la atención de ninguna chica. Ahora su prioridad era repasar mentalmente todos los días, al menos durante unos minutos, lo que había aprendido en el sendero.

Según se acercaba el fin de semana se preguntaba cuál sería su próxima lección y le embargaba una sensación que le resultaba inquietante y agradable al mismo tiempo.

Por fin llegó el viernes.

Se las había arreglado para no quedar con sus amigos. De todas formas, aquellas salidas nocturnas en las que abundaban el alcohol y la música alta nunca le habían hecho ninguna gracia.

Se sentó en el sillón de lectura, como lo llamaba él, el mueble de su habitación que más útil le parecía. Se relajó y cerró los ojos durante unos segundos, percibió la misma luz blanca y la sensación de calor y frío a la que ya estaba acostumbrado.

Cuando se quiso dar cuenta, volvía a encontrarse en el sendero del bosque frondoso, el mundo mágico, como él lo había bautizado.

LA GRIETA

Esta vez era de día. A los distintos tipos de árboles que David ya había visto a lo largo del sendero se les había unido ahora una nueva especie.

-¡Qué árboles más extraños! - pensó.

Eran de un color indescriptible que se parecía al rojo aunque algunos más bien le parecían azules.

-Sin duda -pensó-, estos árboles son una señal de que he avanzado algo más en el sendero.

La calma era total y David no percibía ningún sonido sospechoso.

-Bueno, ¿y ahora qué?, supongo que tendré que seguir recorriendo el sendero todo recto -se dijo David para sus adentros.

Empezó a caminar tranquilamente sin dejar de estar alerta en ningún momento. No había acabado de dar el segundo paso cuando oyó una voz que le puso los pelos de punta:

-Uuuuuuhhhh.

Inmediatamente giró la cabeza a la derecha preguntándose de dónde podría venir aquella voz.

David siguió caminando lentamente durante unos segundos hasta que, al rodear uno de esos árboles rojizos descubrió lo que tanto le había asustado.

-¡Dur, me has dado un susto de muerte!

-¿Quién, yo? -rió Dur sonoramente-, querrás decir que *TÚ* te has dado un susto de muerte. David, ¿cuándo vas a aprender que *la causa de tus miedos está en tu interior?*

David no pensó ni por un instante en la carcajada de Dur, tenía demasiado interés en oír la explicación de las palabras que acababa de escuchar.

-¡Pero ha sido tu voz la que me ha puesto los pelos de punta!

-¿Estás seguro?... uuuuuhh... ¿y cómo es que no te los pone ahora?

-contestó Dur volviéndose a tronchar de risa-

-¡Porque ahora ya sé que es tu voz! -contestó David estando seguro de haber respondido algo lógico-

-¿Te das cuenta ahora de que no fue mi voz lo que te asustó?. Fue lo que *TÚ* decidiste pensar de mi voz lo que te sobresaltó. ¿Acaso pensaste que era alguna especie de monstruo dispuesto a engullirte vivo?.

Dur había vuelto a leerle el pensamiento, y aunque David ya estaba acostumbrado, no pudo evitar sorprenderse de nuevo. Era imposible refutar sus palabras.

-¡Pues claro que sí!, desde lo que me pasó la última vez, tengo que estar preparado. En este bosque puede pasarme cualquier cosa, todo es posible -contestó David enérgicamente -.

-Precisamente por eso. Si *todo* es posible, ¿por qué pensaste que la voz que oíste provenía de un monstruo?. La voz podría haber tenido cualquier otra procedencia, podría haber sido de cualquier persona, podría haber sido un efecto del viento o el sonido que emite para comunicarse cualquiera de los muchos animales inofensivos que habitan este bosque, algunos de ellos tienen unas capacidades fonéticas

increíbles. Hay literalmente miles de posibilidades que podrían haber dado lugar a una voz como la que oíste, y tú lo sabías perfectamente.

David estaba intentando averiguar adónde quería ir a parar Dur mientras éste seguía hablando.

-Eres muy bueno en matemáticas y conoces bien las leyes de la probabilidad, ¿no?.

David asintió con la cabeza sin soltar una palabra.

-Bien, pues dime, ¿cuál era la probabilidad de que esa voz viniera de un monstruo monstruoso? -le preguntó Dur gesticulando cómicamente al pronunciar las dos últimas palabras-.

-Despreciable, sí, ya lo sé, ¿pero qué hay de la última vez? -protestó David-.

-Dime, si un día te encontraras por la calle un libro de aventuras, ¿eso aumentaría la probabilidad de encontrar otro libro igual al día siguiente?

-Pues... claro que no -respondió David pensando que no tenía más remedio que admitir lo que era obvio.

-David, no reaccionaste conforme a la realidad, que has demostrado conocer perfectamente, sino que, en su lugar, echaste mano de una base de datos que tienes grabada en tu interior que no es ni más ni menos que la suma de todas las experiencias que has tenido hasta ahora, y cuando digo todas me refiero tanto a las que recuerdas conscientemente como a las que no. Ante una situación nueva, tu mente busca en su base de datos y actúa de acuerdo con la experiencia pasada que más se le parezca.

David permanecía atento deseando que Dur llegara a su conclusión.

-El problema -continuó explicando Dur -es que esa experiencia pasada NO ES igual que la nueva situación con la que te encuentras, de hecho, aunque sea la más parecida, puede ser radicalmente diferente.

Tras unos instantes en los que Dur permaneció en silencio le preguntó:

-¿Entiendes ahora por qué el origen de tus miedos está en tu interior?

-Estoy intentando entenderlo pero no es fácil, además...

-¡Claro que no es fácil! -interrumpió Dur-, yo nunca te dije que recorrer este sendero sería fácil. David, recuérdalo siempre, todo aquello que te hará avanzar te exigirá esfuerzo y mucha auto disciplina.

David y Dur permanecieron callados durante unos minutos hasta que el gran estruendo de un trueno se atrevió a romper el silencio. Inmediatamente comenzó a llover a cántaros, la temperatura descendió tanto que David empezó a sentir escalofríos por todo el cuerpo, en menos de unos segundos estaba completamente empapado.

Dur seguía estando a su lado y parecía no inmutarse por la lluvia ni el frío.

-¡Dur, está lloviendo! -gritó David -.

-¿Crees que no me he dado cuenta? -contestó Dur riéndose -.

-Pues parece no afectarte. ¿Cómo lo haces?.

-Eso no importa. Lo importante es lo que has aprendido. Ahora tendrás que ponerlo en práctica.

Dichas estas palabras, Dur desapareció dejando a David desconcertado y sin saber qué pensar.

-¡Dur, Dur!, ¿dónde estás? - gritó David sin dejar de tiritar de frío. No había ni el más mínimo rastro de él.

-Si ha desaparecido, tendrá sus motivos -pensó David tratando de respirar hondo para calmarse -.

La lluvia era cada vez más intensa, el día se había tornado gris por completo y la temperatura seguía descendiendo por momentos. David empezó a correr con la esperanza de encontrar algún refugio. En teoría podía encontrarse con cualquier cosa dentro del bosque así que no había que descartar la posibilidad de dar con un rincón en algún lugar del sendero donde poder guarecerse de la lluvia y el frío.

Ya había corrido durante un buen rato cuando decidió parar un momento para recuperar el aliento. A pesar del esfuerzo realizado, seguía sin entrar en calor, cada vez sentía más escalofríos. Al intentar reconocer el terreno, David se dio cuenta de que ni siquiera sabía en qué dirección había corrido. No sabía dónde estaba ni hacia dónde tenía que dirigirse.

-He agotado todas las opciones - pensó sin saber qué hacer.

En esos momentos decidió que no tenía que seguir allí. Podría volver a su mundo y regresar cuando se le hubiese ocurrido algo.

-Además -siguió pensando-¿quién sabe?, quizás cuando vuelva a entrar en este bosque mágico la situación sea totalmente diferente.

Por fin pudo relajarse durante unos instantes y, a pesar del intenso frío, cerró los ojos y trató de no pensar en nada.

Esta vez, en vez de percibir la luz blanca a la que estaba acostumbrado, le pareció oír de lejos a Dur riéndose de él. Sobresaltado, abrió rápidamente los ojos y comprobó horrorizado que seguía en el mismo sitio, incluso se dio cuenta de que la lluvia era aún más copiosa.

-David -se dijo a sí mismo -¿cómo puedes ser tan ingenuo?, seguro que Dur está pasándose muy bien a mi costa en algún lugar de este bosque -.

Su corazón recuperó su ritmo frenético inmediatamente. Empezó a mirar hacia todos los lados pero todos los caminos le parecían iguales.

-¡Mis manos! -gritó aterrorizado -no las siento, se me están empezando a congelar.

-“El origen de todos tus miedos está en tu interior” - se repetía David constantemente tratando de añadir más luz a aquellas palabras.

Sin embargo, tenía que hacer frente a aquella situación ya que el frío seguía sin remitir.

-No basta con repetir las palabras de Dur para avanzar en este viaje -se dijo David -, tengo que entenderlas, sentirlas, *saber* que son ciertas.

De repente la tierra se abrió bajo sus pies y David empezó a caer sin poder hacer nada para evitarlo. Intentó agarrarse a los bordes de aquella grieta que cada vez era más profunda. Volvió a sentir sus manos pero estas no pudieron aferrarse a nada y David siguió cayendo durante unos segundos más hasta que tocó fondo.

-Vaya - pensó David - y yo creía que esta situación no podía empeorar más.

Intentando calmarse, David empezó a valorar un poco la situación en la que se encontraba. Pudo encontrar una liana que colgaba desde la superficie y tiró de ella comprobando que era muy resistente.

En esos momentos volvió a percibir un hedor tan insoportable que casi le hizo vomitar.

-Tranquilo David, esto no tiene por que ser un monstruo -se dijo a sí mismo recordando las palabras de Dur evitando así que su ritmo cardiaco aumentara aún más.

Se concentró por completo en la liana y empezó a trepar por ella. Decidió apartar todos sus miedos de su mente y se marcó un objetivo claro:

-Tengo que llegar a la superficie como sea - musitó -.

Por el rabillo del ojo David empezó a ver unos animales negros que asomaban por una especie de túneles que recorrían toda la grieta.

-¿Qué serán esos bichos que chillan tanto? - se preguntó sin soltar la liana.

Cuanta más atención les prestaba más grandes se volvían, incluso uno de ellos llegó a morderle en una mano provocando que ésta soltase la liana. David volvió a descender un par de metros antes de poder agarrarla de nuevo. Inmediatamente siguió trepando sin pensar en lo que podría haberle pasado si hubiese caído otra vez hasta el fondo.

Decidió no pensar más en esos horribles bichos como él los llamaba y en cuanto tomó esa decisión, estos empezaron a volverse cada vez más pequeños hasta que finalmente desaparecieron por completo.

David siguió trepando con todas sus fuerzas. El frío seguía siendo muy intenso pero había dejado de tiritar. Durante unos instantes le pareció fundirse con la liana, era como si ésta formase parte de él.

En esos momentos se le vinieron unas palabras a la cabeza, parecían resonar en todo su cuerpo: "*El miedo a una situación dada es peor que la situación en sí misma*".

Esas palabras le permitieron serenarse tanto que a David le dio la impresión de haber recuperado las fuerzas. Cada vez le era más fácil trepar y se dio cuenta de que no sentía ninguna prisa por llegar arriba.

Por fin, y mucho antes de lo que esperaba, alcanzó la superficie y, al ponerse de pie y mirar hacia abajo pudo comprobar que la grieta había desaparecido totalmente.

No era eso lo único que había cambiado.

Había dejado de llover, el cielo estaba totalmente despejado y la temperatura se había vuelto muy agradable. Se podía respirar un ambiente de tal paz y serenidad que a David le parecía casi imposible que unos minutos antes hubiese estado a punto de morir de frío y miedo.

-Seguramente aparecerá Dur de un momento a otro hablándome tan tranquilo como si no me hubiese sucedido nada, es más, seguro que lo primero que sale de su boca es una inmensa carcajada - pensó David -.

Justo en esos momentos apareció Dur, pero al contrario de lo que David había pensado, su rostro reflejaba una expresión muy seria. De repente se tapó la boca con su mano izquierda y señaló con la derecha hacia un punto que estaba a un palmo detrás de David.

David se quedó sorprendido. Si Dur, que nunca se inmutaba por nada, se había llevado la mano a la boca, sin duda aquello que estaba

señalando debía ser algo espantoso, algún tipo de engendro nuevo de los muchos que seguramente habitaban ese bosque.

-Ah, no, no, esta vez no me engañas -dijo David -, por mucho que pongas esa cara de asombro no pienso asustarme por lo que pueda haber detrás de mí.

En esos momentos oyó una especie de chillido muy agudo que le hizo girarse rápidamente para comprobar de qué se trataba.

Fue entonces cuando volvió a oír a sus espaldas otra de las carcajadas de Dur a las que ya estaba acostumbrado.

El chillido había provenido de un animal pequeño parecido a una ardilla que trataba de pasar desapercibido. A David sólo le había dado tiempo a verlo por el rabillo del ojo.

-Ahí tienes a tu monstruo -dijo Dur sonriendo volviendo a averiguar los pensamientos de David.

-Dur, -dijo David cambiando de tema -¿por qué no he visto esta vez al dragón?, ¿es que no he avanzado nada?.

Dur se mantuvo en silencio mirando a David durante unos segundos tras los cuales señaló hacia su izquierda. Caminaron en esa dirección sin intercambiar ninguna palabra y al poco tiempo se encontraron en una especie de colina que, aunque no era muy alta, les permitía contemplar gran parte de aquel bosque mágico y del sendero.

-¡Es increíble! -dijo David asombrado ante aquella vista tan bella y llena de vida. No había visto nunca nada semejante ni siquiera en las numerosas películas de ciencia-ficción que habían pasado ante sus ojos en los últimos años.

-Sí -contestó Dur-, la mayoría de la gente tiene que ver antes de creer, incluso algunas personas siguen sin creer a pesar de lo que ven.

-¿Y dónde me encuentro yo ahora? -preguntó David.

Dur se quedó contemplando el paisaje sin soltar ni una sola palabra.

-Dur, -insistió David-¿no me has oído?.

-A ti se te podría oír a mucha distancia aunque no dijese nada. Si permanecieras en silencio el tiempo suficiente, podrías encontrar todas las respuestas sin tener que preguntarme nada. Además, esa ansiedad que tienes por obtenerlas tan rápido desaparecería.

Dur y David permanecieron algún tiempo más en silencio contemplando aquel paisaje que se desplegaba ante sus ojos.

Aunque Dur no había respondido a su pregunta, David sabía que la respuesta llegaría en el momento apropiado.

-Tú ahora te encuentras recordando lo que ya sabías hace mucho tiempo y has ido olvidando con el paso de los años.

Las palabras que Dur acababa de pronunciar tocaron una de las fibras sensibles de David. La sensación de estar recordando era algo que lo había acompañado desde que conoció a Dur. Cuanto más pensaba en todo lo que había aprendido últimamente, más familiares le resultaban esas ideas.

-David, ¿no creerás que ésta es la primera vez que recorres un sendero como éste?

-Pero...

-Pssst -interrumpió Dur, señalando al frente con su mano

derecha- mira.

David se fijó en la dirección que señalaba la mano de Dur. Al principio lo que vio estaba un poco borroso pero poco a poco las imágenes fueron volviéndose más nítidas.

-¡Es el castillo! -gritó David-, ya no está tan lejos, eso quiere decir que he avanzado algo más ¿no?

-Todavía te queda mucho que recorrer, pero sí, has avanzado.

-¿Cuánto me queda, la mitad, la tercera parte, cuánto?

-No empieces otra vez a decir tonterías. Este sendero no se puede medir físicamente. Puedes andar mucho en la dirección del castillo y sin embargo, ir hacia atrás. Aún es pronto para saber eso.

David se quedó maravillado contemplando el castillo. Le parecía algo mágico y empezó a fijarse con más detenimiento en los detalles.

El castillo estaba situado en un claro del bosque que podía observarse desde allí arriba perfectamente. Daba la impresión de tener su propio micro clima y su aspecto era impecable. La vegetación que habitaba los alrededores del foso era muy exuberante pero no impedía que se vieran los puentes que lo cruzaban dando acceso al castillo.

David se sorprendió muchísimo cuando vio al dragón en el puente principal.

-Dur, ¡mira! -gritó-desde aquí se ve al dragón pero... está dormido... ¿no dijiste que estaría despierto como mínimo el mismo tiempo que yo?

-En primer lugar, tú no estás despierto, estás *despertando*, y en segundo lugar, el hecho de que el dragón aparente estar dormido no significa que realmente lo esté.

-¡Cómo que no estoy despierto, pero si estoy hablando contigo!

-Ahora no es el momento de dar explicaciones. Aún te queda un largo camino por recorrer. Cuando llegue el momento lo entenderás.

-Pero...

Dur se dio la vuelta y empezó a andar sin hacer caso de las palabras de David.

-Volvamos al sendero -dijo tranquilamente.

Comenzaron a bajar de la colina lentamente disfrutando de aquel paisaje y sin intercambiar ninguna palabra. Entre ellos existía una complicidad que no necesitaba ser verificada con ninguna frase.

Al llegar otra vez al sendero, David se dio cuenta de que había unos cuantos caminos por los que podía seguir andando y no tenía ni idea de cuál sería el más indicado para llegar al castillo.

-Dur, ¿qué... pero qué haces, a dónde vas?

-No me necesitas para tomar esa decisión -contestó Dur diciendo adiós con la mano sin ni siquiera darse la vuelta.

-¿Pero cómo voy a saber qué camino seguir?

-No importa qué camino escojas, *no estés atado a los resultados*, escoge uno y camina lo mejor que puedas. Si tienes la suficiente disciplina para no darte nunca por vencido, llegarás al castillo. No existe un camino ideal. Haz lo que tengas que hacer.

Dichas estas palabras, Dur desapareció en el bosque dejando a David solo con sus propios pensamientos.

Aquella calma que reinaba en el ambiente le proporcionaba una

serenidad que pocas veces había sentido en su vida. David se sentía uno con el bosque, estaba seguro de que se encontraba en el camino adecuado.

-Seguro que cada árbol de este bosque percibe mis pensamientos -pensó David-. Cada animal, cada arbusto, cada brizna de hierba debe conocer mi estado de ánimo.

Después de haber disfrutado un poco más de aquella paz y tranquilidad David decidió que ya era hora de volver “a su mundo”. Tenía ganas de hablar con “gente normal” sobre “temas normales” así que cerró los ojos y después de preguntarse si esta vez podría regresar, trató de no pensar en nada.

A los pocos minutos volvió a percibir la luz blanca a la que estaba acostumbrado acompañada por la sensación intermitente de frío y calor que también le era familiar.

Al abrir los ojos, volvió a encontrarse sentado en el sillón de lectura de su habitación.

EL INSTITUTO

-¡Guau! -dijo suspirando hondamente.

A David le fascinaba aquel modo de viajar, a pesar de haber pasado varias veces de su mundo al bosque mágico y haber vuelto de esa forma, seguía sintiendo una sensación indescriptible que aumentaba cada vez más.

-Si es Dur -pensó David- quien hace que pueda viajar al bosque de esta forma tan rápida, sin duda es un mago excepcional.

Cada día se preguntaba más cosas sobre Dur. ¿Por qué había aparecido justo en ese momento de su vida para enseñarle todas esas cosas?, ¿por qué le había resultado tan familiar desde el principio?, ¿por qué iba siempre al grano dejando las preguntas que no consideraba importantes sin responder?.

David no conocía las respuestas a todas estas cuestiones pero intuía que, si se concentraba en aprender todo lo posible de Dur, todas sus dudas quedarían resueltas a su debido tiempo.

Enseguida, David se puso a tomar notas de todo lo que le había pasado en el sendero y de las conversaciones que había mantenido con Dur. Se sorprendió muchísimo al comprobar que lo recordaba todo perfectamente, incluso las palabras exactas que habían pronunciado.

Tenía un acceso tan nítido a su memoria que en esos momentos podía recordar no sólo lo que le había pasado recientemente sino prácticamente su vida entera.

Pasó unos minutos disfrutando de todos esos recuerdos hasta que, sin saber porqué, se detuvo en uno de ellos que le llamó especialmente la atención. Un día, cuando tenía trece años, fue a visitar a un viejo profesor amigo de sus padres que vivía cerca de su casa. Su madre le había encargado que le llevase un trozo grande de una tarta que había hecho su padre. David recordaba la escena como si la estuviese viviendo en esos momentos:

-Buenos días señor, vengo a traerle...

-Sí, sí, pasa David, te he visto hace momento desde la ventana. Tus padres siguen siendo tan atentos conmigo como siempre. Dales las gracias de mi parte.

-Sí, señor.

-Pasa, no te quedes ahí, ¡ah! y deja de llamarme señor.

David siguió al viejo profesor por toda la casa hasta llegar a una habitación enorme llena de estanterías cargadas de libros. Allí se respiraba una atmósfera acogedora y una tranquilidad total reinaba en el ambiente. En una de las paredes había colgado un pequeño marco con una leyenda que rezaba: "Cuando el alumno está preparado, aparece el maestro". Proverbio zen.

-¿Qué es lo que tanto te llama la atención? -preguntó el profesor.

-¿Qué quiere decir esa frase? -contestó David señalando hacia el marco.

Después de pensarlo unos segundos, el profesor descolgó el marco y se lo dio a David:

-Toma, será mejor que lo tengas tú. Cuélgalo en tu habitación. Yo ya he leído esta misma frase en muchos libros. Cuando llegue el

momento sabrás lo que significa.

Desde entonces, aquella leyenda había permanecido enmarcada colgada en su habitación.

-¿Quién sabe?, -se dijo David volviendo en sí -quizás ya es hora de aprender algo importante. Puede que Dur haya aparecido precisamente ahora en mi vida porque, de haberlo hecho antes no le habría hecho caso. No lo sé.

David guardó todas sus notas cuidadosamente y se olvidó de todo durante unos días. Sabía perfectamente que cuando uno quiere aprender algo concreto sobre determinado tema, la forma más segura de no conseguirlo era pensar en ello durante las veinticuatro horas del día. Además, era consciente de que cualquier tipo de obsesión por cualquier asunto siempre acaba por agotar a uno.

Los días pasaron veloces hasta mitad de semana y David no pensó en Dur ni en el bosque mágico. Había conseguido lo que se había propuesto y lo había pasado muy bien esos días. Sin embargo ahora se encontraba en el instituto, en una clase de matemáticas, una de sus asignaturas preferidas, y no podía concentrarse, por mucho que lo intentaba, en lo que estaba diciendo el profesor.

-Si no puedo concentrarme -pensó David -será porque hay algo más importante que tengo que hacer.

David conocía perfectamente esa sensación. Cuando no podía concentrarse en algo, era señal inequívoca de que estaba postergando alguna otra cosa que, por el motivo que fuese, no quería hacer en esos momentos.

-Pero, ¿qué puede ser? -se preguntó David-, ¿qué puede haber más importante en estos momentos que esta clase de matemáticas?.

Inmediatamente el recuerdo de Dur regresó a su cabeza. Las palabras que estaba pronunciado el profesor pasaron a un segundo plano y el recuerdo del sendero del bosque mágico llenó su mente por completo. Se acordó de todas las experiencias que había vivido en ese lugar tan misterioso. En solo unos segundos volvieron a su conciencia los recuerdos del dragón, del castillo, de todas las palabras que le había dicho Dur, del día en que lo conoció en aquel banco del parque, del frío y el calor que había pasado. De repente no podía dejar de pensar en todo lo que había vivido, en el monstruo que despedía aquel hedor tan nauseabundo y que había estado a punto de engullirlo, en la tierra abriéndose bajo sus pies, en el susto mortal que le había dado Dur y en todas las burlas de las que había sido objeto.

David respiró hondo durante unos momentos y trató de ser lo más objetivo posible ante la situación en la que se encontraba.

-¿No habrá sido todo producto de mi imaginación?, ¿no habrá sido todo un sueño muy vívido? - se preguntó.

-¿Cómo va a existir semejante lugar?, -siguió pensando David -menos mal que no le he contado nada a nadie, me habrían tomado por loco. ¿Un castillo con una princesa en su interior?, ¿un dragón que escape fuego?, ¿monstruos que aparecen y desaparecen por arte de magia?.

David se quedó pensativo ajeno completamente a las palabras del profesor que resonaban a lo lejos. Estaba completamente absorto en sus

ideas.

Instintivamente sacó unos viejos apuntes de su carpeta que guardaba como oro en paño y los colocó encima del libro de matemáticas. Poco a poco empezó a releer algunos pasajes del Mito de la Caverna de Platón. La verdad es que nunca le había gustado la filosofía pero como era una asignatura obligatoria sabía que no podría librarse de ella hasta llegar a la Universidad. Normalmente le dedicaba su tiempo con el único propósito de sacar la máxima nota posible en los exámenes. Se dedicaba a memorizar un montón de nombres, teorías e ideas para luego *descargarlo* todo en los exámenes. Una vez que habían pasado estos, lo mejor era olvidarse de todas aquellas tonterías, algo así como borrar los archivos del disco duro del ordenador.

Sin embargo, Platón y el Mito de la Caverna siempre habían sido la excepción de la asignatura. La primera vez que lo leyó supo que volvería más tarde a ese texto incluso después del correspondiente examen. Irónicamente, la profesora de Filosofía nunca le dio mucha importancia al Mito de la Caverna. Lo despachó en una sola clase y esa pregunta nunca cayó en ningún examen.

Mientras David releía sus viejos apuntes se cuestionaba si, tal como decía Platón, debía fiarse de sus sentidos.

-Es posible que mis sentidos me hayan engañado -siguió pensando David-, pero, si ha sido así, entonces toda mi vida ha sido un engaño. He visto a Dur con los mismos ojos con los que he contemplado el resto de mi vida. He oído a todos los habitantes del bosque mágico con los mismos oídos que me han permitido escuchar a las personas que me han rodeado durante toda mi existencia.

David seguía imbuido en su mundo mientras el profesor de matemáticas seguía hablando y garabateando esquemas y fórmulas en la pizarra.

-¡No!, no ha sido todo un engaño -decidió al fin David-, ha sido todo real, por muy increíble que pueda parecer. Por lo menos ha sido real *para mí*.

De repente, David sintió un dolor agudo en la frente que le hizo cerrar los ojos y apoyar la cabeza sobre sus manos. En esos momentos vio durante unos breves instantes a su dragón. Éste parecía haberse debilitado un poco más, lo cual era señal de que había avanzado algo más en el sendero.

-Sin duda he aprendido algo -se dijo David para sus adentros -aunque en estos momentos no se me ocurre qué puede ser. Será mejor no suponer nada para que Dur no se vuelva a reír de mí.

-¡David!, ¿te encuentras bien? -le preguntó el profesor de matemáticas sacándolo de su ensimismamiento.

-Sí - contestó David reaccionado lo más rápido posible.

-¿Seguro?

-Sí, es solo un dolor de cabeza que se me pasará enseguida

-¿No estarías mejor acostado en la cama?, llevas al día esta asignatura así que no pasará nada porque te pierdas una clase.

-Sí, creo que es una buena idea -contestó David siendo consciente de que, aunque no le doliese la cabeza, no podría volver a concentrarse en las palabras del profesor.

David se levantó y salió de la clase dejando al profesor con sus garabatos y fórmulas.

Al abandonar el instituto, decidió dar un paseo para aclarar un poco sus ideas.

Casi sin darse cuenta, se encaminó hacia el parque y una vez allí se sentó precisamente en el mismo banco en el que había conocido a Dur.

David empezó a sentirse más relajado según pasaba el tiempo hasta que, de repente, decidió volver a entrar en el bosque mágico.

Tenía ganas de volver a oír las explicaciones de Dur y de saber qué era lo que le había hecho avanzar en el sendero. Sin embargo también le apetecía quedarse allí solo en el banco durante algunos minutos más. No tenía ninguna prisa.

David pasó bastante tiempo solo y, allí sentado, en lo más profundo de sí mismo, se dio cuenta de que había cambiado desde que había empezado a recorrer el sendero. Ya no era la misma persona, al menos, sus objetivos eran otros. Encontrar novia ya no era una prioridad. Sin embargo tenía que derrotar al dragón y entrar en el castillo. Intuía que la princesa de la que hablaba Dur simbolizaba mucho más que el hecho de encontrar el amor de su vida. Más que intuirlo, *lo sabía*. Sabía que lo que estaba aprendiendo en el sendero estaba relacionado consigo mismo. Tal como le había dicho Dur: *si te cambias a ti mismo, cambiará el mundo que te rodea*.

David cerró los ojos durante unos minutos y trató de no hacer ningún caso a las ideas que se le venían a la cabeza. Volvió a percibir la misma luz blanca y las mismas sensaciones intermitentes de calor y frío, y cuando abrió de nuevo los ojos volvió a encontrarse en el sendero.

AVANZANDO

Esta vez, se encontraba más seguro de sí mismo, aunque eso no le hizo bajar la guardia.

La temperatura era agradable, lucía el sol y todo parecía estar en calma.

-Dur, ¿estás aquí? -preguntó David, tratando de decidir qué haría a continuación.

-Estoy justo delante de ti -contestó Dur.

David abrió un poco más los ojos y escudriñó todo lo que estaba ante él. Se fijó en los árboles, en los matorrales, en los arbustos, en varias flores de colores chillones, incluso giró un poco la cabeza hacia ambos lados y la movió hacia arriba y hacia abajo pero no vio a nadie.

-Así que... ¿has dicho que estás delante de mí? -musitó David tratando de ganar un poco de tiempo mientras pensaba.

-¡Me has oído perfectamente!. Sí, estoy justo delante de ti.

La voz de Dur provenía justo del sitio en el que decía estar pero por más que se esforzaba, David no podía verlo.

Volvió a acordarse de Platón y del Mito de la Caverna. Había decidido dar crédito a lo que le *describían* sus sentidos. Sin embargo, lo que le decían su oído y su vista se contradecía.

-¿Qué nuevo misterio será éste? -se preguntó David.

De repente Dur salió de detrás de un árbol y empezó a caminar hacia David.

-¿Pero no dijiste que estabas justo delante de mí?

-Sí, eso fue exactamente lo que dije. ¿Es que no te gustan las bromas? -contestó Dur limpiándose con las manos las lágrimas de risa que le resbalaban por la mejilla.

-¡No tiene ninguna gracia! -dijo David un poco irritado por la tomadura de pelo.

-¡Claro que la tiene!, no te imaginas la cara que has puesto al verme salir de mi escondite. Pero, en fin, lo importante no es eso.

-Bueno, ¿y qué es lo importante si puede saberse?

-Lo importante -contestó Dur adoptando una expresión seria- es que has vuelto a cuestionar tus sentidos. Tú no me veías pero no decidiste al instante que yo no estaba delante de ti. Supiste que el hecho de que no podamos ver algo o a alguien no quiere decir que no esté ahí. Precisamente por eso avanzaste en el sendero.

-Dur, dime. Ya sé que hay cosas que no podemos ver ni oír ni percibir con nuestros sentidos de ningún modo. Por ejemplo para escuchar las ondas de radio necesitamos un receptor. También sé que hay otras cosas que no podemos percibir con ningún tipo de máquina. ¿Pero qué pasa con lo que sí percibimos?. Si vemos algo, es que existe ¿no?

-No, sólo podemos afirmar que existe *para nosotros*. Tienes que ser siempre consciente de que, aunque una cosa, un individuo o una situación determinada pueda ser contemplada por muchas personas, cada una lo hace desde su punto de vista. Y puedes estar completamente seguro de que no hay dos personas que tengan *siempre* el mismo punto de vista.

Tras unos breves segundos de silencio, Dur siguió hablando:

-David, generalmente, todo el mundo cree que su punto de vista es el correcto y el de los demás el equivocado. Tú te has permitido dudar de ello con lo cual has demostrado saber que las cosas no son siempre lo que parecen.

David abrió la boca para seguir preguntando pero antes de que pudiera articular palabra alguna Dur se dio la vuelta y empezó a caminar. Levantando la mano dijo:

-Ya basta de cháchara, continuemos andando.

Dur empezó a tararear y David cayó en una especie de trance. Como siempre, tenía la cabeza llena de preguntas, pero el tarareo de Dur le relajaba tanto que no dijo nada durante las aproximadamente dos horas que estuvieron caminando.

De repente, Dur dejó de tararear, y sorprendiendo a David le preguntó:

-¿En qué estás pensando?.

-Pues la verdad es que , en estos momentos, no estaba pensando en nada. Llevo bastante tiempo disfrutando del paisaje y de esta caminata...¡ah!, y de tu tarareo.

Dur esbozó una sonrisa, y sin soltar ni una palabra siguió caminando.

-¿Por qué me lo habrá preguntado? -pensó David-. Quizás quería saber si yo iba a aprovechar la oportunidad para acribillarlo a preguntas o si seguiría disfrutando del paseo. O puede que quisiera que yo me diera cuenta de que uno siempre tiene opciones a la hora de elegir sus pensamientos mientras se hace algo tan simple como pasear.

-¡David! -volvió a decir Dur, esta vez en voz más alta.

-¿Qué pasa ahora?

-El conocimiento que tienes de ti mismo, y por lo tanto del mundo que te rodea, ha aumentado desde que empezaste a recorrer este sendero...

David se quedó mirando fijamente a Dur sabiendo que ahora éste diría las palabras duras.

...pero no es suficiente para derrotar al dragón -continuó diciendo Dur-. Dentro de poco llegaremos a la Cueva de los Espejos. Tendrás que decidir si quieres entrar en ella o no. Si decides no entrar, regresarás a tu mundo y nunca más volverás a entrar en este bosque mágico. Lo que has aprendido hasta ahora te servirá de mucho.

-Ya -interrumpió David- pero no habré derrotado al dragón y...

Dur levantó la mano haciendo callar a David.

-Una vez que entres en la Cueva de los Espejos, no tendrás ninguna posibilidad de echarte atrás. Para salir de ella tendrás que superar una prueba muy dura.

Volvió a hacerse el silencio entre ellos y, tras un intercambio breve pero intenso de miradas, ambos supieron que David ni siquiera había considerado la posibilidad de echarse atrás.

Siguieron caminando durante unos minutos más hasta que Dur, de repente, se detuvo en seco. David supo que había llegado el momento de continuar solo y que sería inútil intentar sonsacarle a Dur más información acerca de la naturaleza de la prueba a la que tendría que

enfrentarse en la Cueva de los Espejos.

-Encontrarás una espada -dijo Dur sorprendiendo nuevamente a David-. Ten cuidado, es de doble filo.

Dichas estas palabras se alejó tranquilamente hasta que desapareció de allí volviendo a dejar a David solo ante sí mismo.

LA ESPADA MÁGICA

David sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, sin embargo, se encontraba tranquilo, sereno, sentía una calma absoluta. Cada vez era más consciente de los sonidos que llegaban a sus oídos, podía percibir cualquier leve susurro, cada murmullo de los animales que habitaban el bosque, por pequeño que fuese. Decidió seguir disfrutando de esa serenidad y de esa nueva percepción que sin saber porqué, había adquirido de repente y siguió caminando.

Al poco tiempo se dio cuenta de que el paisaje había cambiado, los árboles eran mucho más numerosos, los murmullos y sonidos de los animales mucho más variados, la luz que se filtraba a través de las copas de los árboles tenía una calidez diferente y la temperatura había comenzado a descender aunque muy levemente. Después de caminar durante un par de minutos más, David percibió una especie de brillo por el rabillo del ojo que le hizo girar la cabeza a la derecha.

-¡La espada!, ¡es la espada de doble filo!, así que no era otra broma de Dur -se dijo David para sus adentros.

Sin perder más tiempo, David se acercó cautelosamente a ella. La espada despedía un aura especial, se hallaba bañada por una luz plateada que le daba un aire mágico. Estaba, así sin más, apoyada en uno de esos árboles gigantes tan comunes en ese bosque, con la empuñadura hacia arriba. David pensó por unos instantes en las historias que había leído sobre Camelot y los caballeros del rey Arturo.

-Es preciosa -dijo David esta vez en voz alta.

Se sintió tan atraído por ella que se sentó a su lado para poder contemplarla mejor. Se fijó en todos los detalles pero lo que más le llamó la atención fue ver que su nombre estaba grabado en la empuñadura.

Fue consciente de todo el inmenso poder que simbolizaba la espada y también de que todo ese poder podía volverse contra él.

-El motor de un coche me puede llevar muy lejos pero también puede provocar un accidente si no lo controlo bien ¿debo rechazarlo por eso?

David decidió que no.

-Cogeré la espada con todas sus consecuencias.

Agarró la empuñadura de la espada y la alzó con todas sus fuerzas.

SEGUNDA PARTE

DAVID

Enseguida me di cuenta del efecto que producía en mí la espada. De repente me sentí lleno de energía, capaz de hacer cualquier cosa, invencible, incluso inmortal. Blandí la espada una y otra vez. Era enorme y muy pesada pero el poder que me proporcionaba me permitía manejarla como si de una pluma se tratase. Podía cambiar de posición y ejecutar cualquier movimiento en cuestión de décimas de segundo. Me sentí rodeado por una inmensa luz. Todo lo que me había pasado en el bosque me empezó a parecer una tontería comparado con aquel increíble poder que estaba dentro de mí.

-¡Bosque mágico!, envíame ahora a todos tus monstruos si te atreves -grité- y a ese dragón de pacotilla, no tardaré ni un minuto en acabar con todos ellos.

De mi boca empezaron a salir palabras mal sonantes casi sin que yo me diera cuenta. Seguí blandiendo la espada sin parar y poco a poco empecé a notar un odio y un resentimiento que salían de lo más profundo de mí. Vinieron a mi mente algunos profesores y compañeros que había tenido en el colegio de los que no tenía precisamente un buen recuerdo. Si los hubiese tenido delante en esos momentos, les habría clavado la espada en el mismísimo corazón sin dudarle un instante.

Al darme cuenta de lo que me estaba pasando, clavé inmediatamente la espada en el suelo y me alejé un par de metros de ella. Enseguida noté como me abandonaba aquella fuerza tan inmensa pero no me sentí peor por ello, en cierto modo, me sentí aliviado. Intenté relajarme más y empecé a caminar tranquilamente por los alrededores de la espada tratando de decidir qué haría a continuación.

De repente apareció ante mí la entrada de una enorme cueva. No estaba ni a cinco metros de donde había encontrado la espada.

-¡La Cueva de los Espejos!, ¿cómo no la habré visto antes? - musité.

Estaba tan ensimismado con la espada que el mundo que me rodeaba casi había desaparecido por completo.

En ese instante me di cuenta de que el bosque había cambiado. No podría decir en qué. Tenía los mismos árboles, los mismos arbustos, las mismas especies de plantas, la misma multitud de formas de vida, incluso se oían los mismos susurros. Sin embargo era *diferente*. Siempre había sabido que adentrarse caminando por un bosque era una experiencia de descubrimiento pero no me había imaginado nunca a mí mismo en una situación como en la que me encontraba en ese momento.

-Puede que sea yo el que he cambiado, ¿tendrá algo que ver esto con la espada? - me pregunté.

La espada me proporcionaba un poder asombroso, sobrehumano, pero también sacaba a la luz todos mis fantasmas interiores. Pensé que

quizás así podría acabar de una vez por todas con todos ellos.

De cualquier forma, sabía que no iba a ser nada fácil, uno no se libra de los pensamientos de toda una vida de un día para otro.

Pero ¿qué podía hacer si no?, ¿entrar en la Cueva de los Espejos sin la espada?, eso me dejaría sin energía al menor contratiempo y acabaría agotado. No había llegado hasta ese punto para darme ahora por vencido.

Me senté al lado de la espada contemplándola tranquilamente. Una sensación de paz y serenidad me invadió poco a poco todo el cuerpo.

Permanecí allí, pensativo, en silencio, contemplando la espada y releendo mi nombre en su empuñadura, durante al menos una hora.

Durante ese tiempo, toda mi vida circuló por mi cabeza, recuerdos que creía olvidados fluyeron por mi mente con una facilidad asombrosa. Todos los pormenores se desplegaban con gran lujo de detalles. Me vi a mí mismo cuando tenía siete años. Incluso pude volver a experimentar de nuevo la humillación a la que me sometió la profesora de mi clase un día que no supe contestar una de sus estúpidas preguntas:

-¡David no sabe por dónde pasa el río Ebro! -dijo en voz alta delante de toda la clase.

¿Tan importante era saber por dónde pasaba aquel río?, me sabía de memoria por donde pasaba el resto de los ríos importantes de toda la península, y lo había demostrado unos minutos antes. Pero ella tuvo que seguir preguntándome hasta encontrar el único que no me había estudiado.

Aquel recuerdo había quedado relegado a lo más profundo de mi ser. A partir de aquella experiencia que me revolvió el estómago me convertí en un estudiante ejemplar... ejemplar para mis padres y profesores claro, ¡pero no para mí mismo!.

Supongo que, a partir de aquel día traté por todos los medios de que no se repitiera aquella experiencia tan humillante, ¡pero a qué precio!. Pasé a ser el primero de la clase y dejé que los profesores decidieran qué era importante y qué no....

Al recordar esta historia se me pusieron los pelos de punta, empecé a sudar y las lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas a borbotones. Todo mi cuerpo empezó a temblar, las convulsiones eran tan exageradas que apenas podía mantener el equilibrio a pesar de estar sentado. Sin poder evitarlo, empecé a proferir todo tipo de gritos y alaridos. Poco a poco dejé de oponerme a aquel flujo tan desproporcionado de energía que había permanecido bloqueada dentro de mí desde hacía tanto tiempo. Incluso llegué a disfrutar de aquellos alaridos, de aquellos temblores.

Los espasmos, aunque pueda parecer increíble, me estaban liberando de algo que no me hacía ningún bien. Poco a poco mi cuerpo empezó a relajarse de nuevo. Aún con lágrimas en los ojos me oí decir:

-¡Es hora de volver a tomar las riendas de mi vida!

Me sequé las lágrimas. Mis mejillas notaron el tacto de mis manos diferente, aunque no le di importancia en ese momento. Volví a observar la espada. Seguía ahí, esperándome... esperando a que yo la cogiera...

-¿Qué eres? -le pregunté a la espada-¿una llave del tiempo?, ¿la

llave del cielo y del infierno?

Empecé a fijarme con más detenimiento en la empuñadura. Vi que las letras que formaban mi nombre sobresalían un poco. Cuando observé más de cerca su relieve me di cuenta de que... estaban manchadas de sangre, ¡de mi sangre!. Enseguida me miré las manos, tenía en las palmas unas pequeñas heridas que ya habían dejado de sangrar. No era nada importante, pero este detalle me hizo recordar una vez más las palabras de Dur “cuidado, es de doble filo”.

Me puse en pie. Volví a agarrar la empuñadura de la espada lentamente sintiendo esta vez el relieve de las letras. Justo en esos momentos esa zona del bosque se vio iluminada por un potentísimo relámpago al que le siguió casi al instante el ensordecedor estruendo de un trueno.

Por el poco tiempo que transcurrió entre ellos supe que tenía la tormenta encima pero no me importó.

Cerré los ojos para poder concentrarme un poco mejor en cualquier tipo de emoción que pudiera salir de mí siendo consciente de que podría encontrarme con cualquier cosa.

No surgió nada.

No surgió ningún tipo de odio ni resentimiento de mí, o al menos, yo no lo percibí. La espada había decidido darme una tregua.

Miré hacia el cielo. No había rastro de ninguna tormenta, ni una sola nube, estaba completamente despejado a pesar de los truenos y relámpagos. El azul que estaba contemplando tenía algo especial. Empecé a sentir un olor a tierra mojada que poco a poco se hacía más intenso, el ambiente estaba ionizado. Podía *sentir* la tormenta, pero no podía *verla*.

Me acerqué a la entrada de la cueva y, justo antes de traspasarla experimenté una de las sensaciones más extrañas de mi vida. Por unos instantes me sentí *mayor*. Es como si lo que estaba pasando en esos momentos no fuera real sino sólo una especie de recuerdo. Pensé entonces en Dur, había dicho que ya nos conocíamos. Empecé a considerar la posibilidad de que fuera cierto, después de todo lo que había vivido aquellos últimos días, desterré de mi mente la frase “no puede ser, es imposible”.

-Supongo que Dur no sólo forma parte de esta historia sino de mi vida entera, lo averiguaré cuando llegue el momento... como siempre.

Decidí seguir adelante y adentrarme en la cueva.

LA CUEVA DE LOS ESPEJOS

Al poco tiempo ya había dejado atrás la entrada.

Llevar la espada conmigo me daba cierta seguridad aunque también me inquietaba un poco, no podía quitarme de la cabeza el asombroso poder que tenía de acceder a lo más profundo de mí.

Por el interior de la cueva discurría un sendero claramente identificable, perfectamente iluminado. Traté de averiguar de dónde procedía la luz pero me fue imposible, no se veía la entrada ni ninguna otra posible salida, tampoco había nada en el techo que comunicara con el exterior. Pero entonces ¿cómo se podía ver perfectamente en el interior?. Otra pregunta me rondaba también por la cabeza, ¿por qué Dur la habría llamado Cueva de los Espejos?. No había ningún espejo en el interior, ni siquiera había charcos de agua en cuya superficie pudiera reflejarse algo. Tenía un montón de dudas en la mente pero a pesar de todo seguí adelante, ¿acaso hay alguna otra opción en la vida?.

Al poco tiempo vi que el sendero se dividía en dos. Cada uno de los caminos iba a dar a una especie de gruta más pequeña. Había llegado el momento de tomar otra decisión.

Me senté unos momentos tratando de encontrar alguna pista que me ayudara a tomar la decisión correcta. La calma era total, se podía oír el discurrir de agua así que sin duda alguna, aunque no podía verlo, cerca de allí habría algún riachuelo por el que circulaba la corriente. Traté de no pensar en ello y concentrarme en la decisión que tenía que tomar.

-No tiene tanta importancia -me dije-, decida lo que decida, siempre me preguntaré qué habría pasado si hubiese seguido por el otro camino.

Cuando nos encontramos ante una encrucijada en la vida y tomamos una decisión que creemos importante aunque no lo sea, una parte de nosotros sigue viviendo *como si hubiésemos escogido la otra opción*.

De repente percibí algo por el rabillo del ojo. Giré la cabeza en todas las direcciones pero no vi nada. Me quedé mirando hacia las dos mini grutas que tenía ante mí.

Una sombra cruzó por una de ellas, la de la izquierda.... la decisión estaba tomada.

Me puse en pie y recordé las palabras de Dur, sabía que ésta iba a ser una prueba dura sin embargo no tenía miedo.

Al entrar en la gruta, percibí una sensación extraña, sentí una especie de tensión. No me molestaba, más bien era algo que me hacía sentir más *despierto*. El interior era amplio y también estaba iluminado por esa luz cuyo origen era imposible de averiguar. Me dirigí hacia el centro. Fue entonces cuando *supe* que alguien estaba observándome.

Me giré despacio con la certeza de que, esta vez, vería al dueño de la sombra.

Y lo vi.

LA SOMBRA

La figura se encontraba a unos pocos metros de mí, era aproximadamente de mi estatura, vestía un hábito como el que llevan los monjes. Tenía la capucha colocada de tal forma que todos los intentos de verle la cara resultaron infructuosos.

A pesar de eso, *supe* que estaba mirándome, estaba *leyendo* en mí. Aquella figura sabía más de mí que yo mismo, conocía mis puntos fuertes y mis debilidades, mis sueños y mis miedos más profundos. La tensión aumentó un poco sin llegar a ser molesta. Cada segundo que pasaba, el encapuchado me resultaba más familiar.

De repente las paredes de la gruta empezaron a volverse menos estables, perdieron su estado sólido y empezaron a difuminarse hasta que, a los pocos segundos se volvieron transparentes. Unos instantes después, habían desaparecido por completo. El paisaje que se abrió ante mí era majestuoso. A mi derecha, y a pesar de estar dentro de una cueva, se podía contemplar un amanecer, y a mi izquierda una puesta de sol. En vez de preguntarme cómo podía ser aquello posible, me volví a concentrar en la figura que tenía ante mí.

Casi sin darme cuenta, acaricié la empuñadura de mi espada. Tuve miedo de las intenciones de aquel misterioso personaje y me pregunté si estaría armado.

Lo estaba.

Me señaló lentamente con su espada y me hizo un gesto de amenaza. Me di cuenta de que yo también podía leerle el pensamiento: supe más allá de toda duda que tenía la intención de acabar conmigo y que no se detendría hasta conseguirlo.

Empuñé la espada. No tenía la más mínima intención de darme por vencido. No pensaba ponérselo nada fácil.

Volví a sentirme otra vez lleno de energía, capaz de blandir la espada, de atacar y defenderme con destreza y de ejecutar cualquier movimiento. La *sensación de poder* volvió a mí. Sin embargo *sabía* que el encapuchado no se amedrentaría ante nada y me temía lo peor.

Nos acercamos el uno al otro lentamente.

Las ganas de descuartizarlo sin ninguna contemplación se apoderaron de mí, al igual que el sentimiento de odio y resentimiento que había experimentado la primera vez que empuñé la espada. Los infiernos volvieron a desatarse en mi interior, pero era consciente de que todo aquel poder también estaba dentro de la persona que avanzaba hacia mí. Cualquier paso en falso, por insignificante que fuese, podría ser aprovechado por él para acabar con mi vida en un instante.

No me importaba, si mi destino era morir allí mismo, que así fuera.

Empecé a percibir sus pensamientos, y también los míos, con mucha más claridad: me decían que él había sido el causante de todas mis desdichas, de todos mis sufrimientos, de todas mis frustraciones.

Seguía sin encontrar una explicación para todo lo que me estaba pasando pero en esos momentos no me importaba.

Volví a blandir la espada. Se podía oír perfectamente el sonido que producía al cortar el aire. Sentí de nuevo el relieve de las letras de la

empuñadura clavándose en las palmas de mis manos pero no experimenté ningún dolor.

Sin pensarlo más, me lancé al ataque.

LA LUCHA

Mi rival esquivó mi primera embestida con una facilidad asombrosa y su espada detuvo a la mía en mi segundo intento con tal destreza que me di cuenta de que averiguaba mis movimientos incluso antes de que yo los ejecutase. Volví a atacar varias veces más sin éxito. Después de cada nuevo intento, mi contrincante me daba unos segundos de tregua. ¿Querría que yo reflexionase sobre algo o por el contrario sería él quien necesitaba ese tiempo?

La siguiente vez fue él quien adoptó la posición de ataque. Esta vez, me tocaba a mí defenderme. No tuve tiempo de pensar. Por instinto, moví mi espada y logré evitar que la suya me partiese literalmente en dos mitades. Sin embargo, la posición que adopté no fue la mejor y la sacudida de mi empuñadura fue tal que instintivamente solté la espada, no pude mantener el equilibrio y caí al suelo dando varias vueltas quedando finalmente boca abajo. Las palmas de mis manos estaban sangrando aunque en aquellos instantes tenía cosas más importantes en las que pensar, seguramente de un momento a otro mi enemigo me clavaría su espada y todo acabaría.

Pero no fue así.

Giré la cabeza hacia el otro lado y pude verlo a unos metros de mí recogiendo mi espada, pero ¿dónde estaba la suya?. Levanté la cabeza instintivamente. Su espada estaba a un metro de mí. La cogí y me puse en pie.

Durante unos segundos los dos nos fijamos en la nueva espada que ahora teníamos en la mano. De un vistazo, y sin dejar de observar a mi competidor pude comprobar que en la empuñadura sobresalía una inicial: “D”.

Me pregunté si esta nueva espada produciría en mí los mismos efectos que la que ahora tenía el encapuchado.

No tardé mucho tiempo en averiguarlo.

De repente, y sin poder hacer nada para evitarlo, empuñé la espada, y emitiendo al aire un alarido me lancé contra mi oponente. Fue un impulso visceral, un ataque no calculado, completamente instintivo. Logré esquivar su espada con un movimiento rápido y le asesté un golpe en la cabeza con la empuñadura de la mía. Mis manos parecían moverse por sí solas.

Me di la vuelta, ya que había quedado de espaldas a él. Sentí un dolor de cabeza durante un instante al que le siguió una visión borrosa de mi adversario que tardó unos segundos en volver a ser nítida. A él también le llevó su tiempo reaccionar por lo que me pregunté si le habría pasado lo mismo.

A pesar de no poder verle el rostro, sabía que estaba observándome, sentía su mirada clavada en mí. Es más, *supe* que todo acabaría en menos de un minuto.

De repente, y para mi sorpresa, mi contendiente clavó su espada en el suelo y se dirigió hacia mí. Empuñé la espada con todas mis fuerzas dispuesto a separarle la cabeza del cuerpo en cuanto se acercase lo suficiente pero, con una hábil maniobra me esquivó, me dejó fuera de combate, me cogió por la solapa, y zarandeándome me dijo:

-David, ¿no te das cuenta de que no podrás vencerme hasta que sepas quién soy?. Si no reconoces que existo, te daré palos toda tu vida.
Reconocí su voz al instante.

TRANSFORMACIÓN

Fue entonces cuando comprendí porqué Dur había llamado a este lugar “La Cueva de los Espejos”. El misterioso personaje que tenía ante mí no era ni más ni menos que un reflejo de mí mismo. De repente lo entendí todo, la “D” en la empuñadura de su espada y el hecho de que pudiera leer mis pensamientos.

Cerré los ojos.

Sin darme cuenta crucé el espejo invisible.

Abrí los ojos.

Me fijé en el muchacho que tenía agarrado por la solapa, el muchacho que me había ignorado durante toda su vida. Lo solté, me quité la capucha y me desprendí de mi hábito. Intentó atacarme de nuevo con su espada pero me fue muy fácil repeler su embestida.

Tuve tiempo de sobra para volver a coger mi espada, y, aprovechando un descuido del ingenuo que tenía en frente se la clavé en el estómago con tal fuerza que ésta le atravesó el tronco y sobresalió por su espalda. De repente la tierra retumbó bajo mis pies, la puesta de sol y el amanecer cambiaron de lugar. Un sudor frío me invadió todo el cuerpo y sentí una especie de desgarró en el estómago. Perdí el conocimiento y caí al suelo.

No sabría decir cuánto tiempo pasé en ese estado. Cuando desperté, las paredes de la gruta habían recuperado su estado sólido. Intenté recordar todo lo que había pasado pero todo estaba demasiado difuso en mi cabeza.

No me importó no poder acordarme de nada, empecé a sentirme como si me hubiesen quitado un gran peso de encima. Paradójicamente, en cuanto dejé de intentar recordarlo todo, empezaron a venirme a la memoria retazos cada vez más nítidos de lo que me había pasado: Me había enfrentado conmigo mismo y, por primera vez en mi vida había reconocido una parte de mí que hasta entonces había negado. Cuando convivimos con alguien a quien no hacemos caso, esa persona o *esa parte de nosotros* nos llama la atención de la única forma que sabe.

La parte de mí que yo consideraba “mala” había tomado el control y, al menos durante algún tiempo, había conseguido acabar con mi parte “buena”.

Salí de la gruta y recorrí el camino de vuelta hasta la entrada de la cueva. Me encontraba relajado, totalmente desinhibido. Sé que mi parte “buena” no había muerto para siempre pues es imposible librarnos de un aspecto de nosotros de un día para otro, pero había ganado una batalla. Por fin había permitido que una parte de mí que hasta entonces había permanecido oculta saliese a la luz y eso me hacía sentir más completo.

De repente volví a sentir el dolor agudo en la frente al que ya estaba acostumbrado y me encontré contemplando al dragón, éste no parecía haber perdido un ápice de su fuerza, sin embargo ya no escupía fuego por la boca. Me dio la impresión en esos instantes de que el dragón no estaba ahí para combatir conmigo sino por alguna otra razón. Decidí no pensar más en el asunto y seguir adelante. Sin duda, Dur no tardaría en aparecer.

Y apareció.

-¡Vaya!, menudo guerrero estás hecho -me dijo-, ahora ya sabes algo más de ti mismo.

-No, no sé nada, ¿qué me ha pasado ahí dentro?

-Oh no -respondió gesticulando con la mano-, no empieces otra vez con esa cháchara. Tómate unas vacaciones. Ya nos veremos, adiós.

Dichas estas palabras, desapareció entre el follaje del bosque dejándome una vez más sólo ante mis propios pensamientos.

Cerré los ojos, volví a sentir la luz blanca y la misma sensación intermitente de calor y frío y un instante después me encontraba de nuevo sentado en el banco del parque. Ya no me sorprendía de nada, después de todo lo que había pasado, esa forma de viajar entre un mundo y otro era algo que me resultaba de lo más normal.

Permanecí allí, pensativo durante unos minutos hasta que, de repente decidí que, al menos por ese día no iba a convertirme en un *rumiante de pensamientos*. Me puse en pie y me encaminé hacia mi casa con la intención de pasar unos días sin pensar en Dur ni en el bosque mágico.

Y eso fue lo que hice.

UN MUNDO NUEVO

A partir de aquel día empecé a contemplar la vida desde una nueva perspectiva, lo veía todo con *otros ojos*, y un mundo nuevo se desplegó ante mí. Sé que, todo lo que se me presentaba como una novedad siempre había estado ahí, los mismos amigos, las mismas clases, el mismo instituto y el mismo tiempo libre. Sin embargo, la vida tenía otro color, por supuesto un color que me gustaba muchísimo más.

Según iban pasando los días y las semanas me di cuenta de que las prioridades que tenía habían cambiado. Ya no me sentía obligado a sacar en los exámenes la máxima nota y eso me liberaba de una tensión enorme, incluso empecé a considerar la posibilidad de no ir a la Universidad cuando llegase el momento. Mi tiempo libre pareció expandirse de tal forma que pude permitirme hacer todas aquellas cosas que siempre había dejado para otras ocasiones y disfruté de ellas como nunca antes lo había hecho. Desde luego, si la vida era realmente una sucesión de luces y sombras, yo me encontraba en las primeras.

Poco a poco, el recuerdo de Dur y el bosque mágico fue quedando en el olvido. Cada vez que me miraba en el espejo veía mis ojos, mi cara, mi pelo, con el mismo aspecto de siempre... *pero sabía que no era yo*. Ya no me sentía culpable cuando hacía algunas cosas que no aprobaban las personas que me rodeaban. Si tenían sentido para mí, las hacía y punto. También dejé de hacer un montón de cosas que nunca me habían gustado, buscar la aprobación de los demás se había acabado para siempre.

Así pasaron varios meses hasta que un buen día a unos amigos míos y a mí nos regalaron unas entradas para un parque de atracciones. Decidimos poner algo de nuestro bolsillo y pasar aquel fin de semana fuera de casa.

El parque era enorme, estaba equipado con un sinfín de atracciones, desde las clásicas de toda la vida hasta las basadas en las últimas tecnologías. Durante ese primer día mis amigos y yo gastamos la mayor parte de nuestro dinero y, cuando ya en el segundo día estábamos en la cola para obtener las entradas que nos permitirían subir a unas motos acuáticas, vi algo que me llamó la atención. A unos cuantos metros de mí había una especie de nave de cartón con una puerta muy pequeña en la que se podía leer: "El bosque mágico". Sin dudarlo un instante, me encaminé hacia ella.

-¡David!, ¿a dónde vas? -me gritó uno de mis amigos-, eso es para niños pequeños. Te perderás lo de las motos.

-Déjalo -contestó otro de mis amigos- ya sabes como es cuando se le mete algo en la cabeza.

-Nos veremos luego- dije levantando una mano sin ni siquiera darme la vuelta.

Unos segundos después abrí la puerta y entré. El interior era un simulacro de los bosques de los dibujos animados y, tal como había dicho mi amigo, aquel lugar estaba lleno de niños pequeños. Me adentré entre los árboles de cartón y fue justo entonces cuando todos los recuerdos de Dur, la espada mágica y el *verdadero bosque mágico* volvieron a mi mente con todo lujo de detalles. Justo cuando estaba

esbozando una sonrisa, apareció ante mí una señora disfrazada de gorila. Por la voz, tendría unos sesenta años.

-Vaya vaya, qué tenemos aquí -dijo-¿no eres demasiado grande para estar en este lugar?

Me quedé mirando al gorila sin saber qué decir.

-Bueno no importa -dijo quitándose la careta mientras me cogía la mano- hummm, veamos, ya que no puedo asustarte te leeré la mano.

Aquella mujer me inspeccionó la mano durante unos segundos y de repente, mirándome fijamente a los ojos me dijo:

-Veo que te has enfrentado contigo mismo y has vencido, no creas que todo el mundo lo consigue. Pero... ¿qué pasa con tu princesa, ya te has olvidado de ella?

Antes de que pudiera reaccionar se apagaron las luces durante un par de segundos y cuando se volvieron a encender, la mujer-gorila había desaparecido. Las palabras que me había dicho, a estas alturas ya no me sorprendían nada, sabía que el azar no existe pero así y todo no me quería quedar con las ganas de hablar con ella así que empecé a correr tan rápido que en unos segundos logré alcanzarla. Se había vuelto a poner la careta.

-¿Quién es usted y por qué me ha dicho eso? -le pregunté.

Como no decía ni pío, no dudé en quitarle la careta con mis propias manos.

-¿Eres tonto o qué? -me contestó de muy mala gana un melencólico que tendría más o menos mi edad -si mi jefe me ve así, podría despedirme, además, ¿qué haces tú aquí, no ves que esto es para niños pequeños?, devuélveme mi careta y déjame en paz.

Me había confundido de gorila.

Más tarde, los responsables del parque me aseguraron que no tenían a ninguna mujer disfrazada de gorila trabajando para ellos, lo cual añadía un misterio más a mi ya larga lista.

Pasé el viaje de vuelta a casa acomodado en una butaca de la parte trasera del autobús, pensativo, ajeno por completo a los comentarios que mis amigos intercambiaban sobre el fin de semana que se estaba acabando.

Durante los días siguientes intenté olvidarme de la mujer-gorila y de las palabras que me había dicho pero no lo conseguí. Encontrar a esa tal princesa ya no era una prioridad ni mucho menos, no la necesitaba para ser feliz, pero si ése era mi destino, desde luego no iba a intentar huir de él.

Decidí volver a entrar en el bosque mágico.

LA PRINCESA

Dejé pasar una semana y en cuanto llegó el sábado por la tarde me dirigí al parque. Me senté en mi banco favorito, estaba relajado, no pude evitar fijarme en la luna, cuarto creciente, la edad lunar era de seis o siete días y en cuanto a su ángulo horario, calculé a ojo que habría salido unas tres horas antes. Conocía a unas cuantas personas, incluso algunas de ellas profesores, que creían que la luna sólo salía por las noches -por eso es la luna ¿no? - decían. ¡Qué ajenos estaban a los ciclos de la vida!

En fin, cerré los ojos unos minutos hasta que mi mente dejó de bullir. Percibí la luz y la sensación de calor y frío que ya esperaba y entonces, en vez de abrir los ojos, permanecí con ellos cerrados unos segundos más.

El bosque mágico tenía su propio olor, un olor característico que hacía que te sintieras más vivo.

Abrí los ojos.

El lugar que vi me pareció majestuoso, aparentemente no había cambiado en nada, sin embargo algo me decía que estaba muy cerca del castillo en el que se encontraban el dragón y la princesa. Volví a ver la luna, esta vez, su fase había cambiado, estaba contemplando una luna llena de catorce días de edad, ésta se encontraba en su cenit, es decir había salido hacía unas seis horas aproximadamente. No coincidía con la luna que había contemplado en el parque unos minutos antes ni en su fase ni en su ángulo horario. Desde luego, el bosque mágico se encontraba en un tiempo diferente, en otro lugar... en otra dimensión.

Me encontraba en lo que suelo llamar *la hora azul*, es decir, cuando está a punto de anochecer pero todavía se ve perfectamente, el cielo a esas horas siempre me ha parecido mágico.

-No creas que, aunque hayas vencido al dragón, no vas a tener que superar más pruebas, la vida está llena de ellas -dijo de repente Dur, que había aparecido a mi lado de forma tan misteriosa como siempre.

-¡Dur!... ¿cómo que ya he vencido al dragón?... pero si todavía no he llegado al castillo - contesté tratando de averiguar qué quería decir.

-Durante todos estos meses, aunque no hayas entrado en el sendero, has avanzado mucho, tu forma de vivir en tu mundo es lo que cuenta, recuerda que este bosque es sólo un reflejo de tu interior. Ahora tendrás que ir al castillo y encontrarte con tu dragón. Sabrás perfectamente lo que tienes que hacer.

-Pero...

-Pssst, escucha. Mi labor aquí ha finalizado, algún día recordarás quién soy realmente.

Dichas estas palabras, Dur se apartó del sendero e hizo un gesto con su mano invitándome a seguir solo.

-¿Es esto una despedida?. Aún tengo muchas preguntas que hacerte.

-No sólo tienes las preguntas, también tienes las respuestas, no es necesario que yo te diga más. Y no, no es una despedida, si algún día vuelves a necesitarme, volveré a aparecer.

Me quedé pensativo unos segundos. Podía haber dicho un montón de cosas. Pero no dije nada.

Ésa fue la última vez que vi a Dur. Me hizo un saludo al estilo militar, saludo que, casi sin pensarlo devolví al instante, y de forma tan misteriosa como había aparecido, desapareció.

Como era habitual en el sendero, volví a quedarme solo, pero esta vez me gustaba. Había aprendido a disfrutar de la soledad llegándola a considerar incluso necesaria de vez en cuando. Uno tiene que conocerse a sí mismo y esto resulta muy difícil cuando estás continuamente rodeado de gente.

Observé el lugar en el que me encontraba con más detenimiento y de repente percibí una especie de resplandor no muy lejos de allí, caminé en línea recta durante unos cinco minutos más o menos y después de dejar atrás una zona del bosque especialmente frondosa llegué por fin a mi destino. Ahí estaba el castillo, con dragón incluido.

Era tal y como lo había visto con Dur desde aquella especie de colina. Esta vez, y a pesar de estar más cerca, no me impresionó tanto, había perdido parte de mi capacidad de asombro. Me pregunté si sería bueno o malo y, sin obtener la respuesta, seguí adelante.

Unos minutos después me encontraba a la entrada del puente principal, sosteniendo la espada fuertemente y mirando al dragón, éste también me observaba a mí.

Permanecimos así unos segundos. De repente toda mi vida pasó ante mis ojos, *mis nuevos ojos*, y, tal como había dicho Dur, supe lo que tenía que hacer.

Dejé caer la espada al foso, ya no la necesitaba, me acerqué aún más al dragón y de repente éste lanzó una enorme bocanada de fuego. Sin ni siquiera cerrar los ojos, sentí como el fuego me traspasaba. Durante unos segundos mi cuerpo ardió literalmente... pero esta vez no sentí ningún dolor.

Conocía aquel fuego perfectamente, me había hecho daño durante toda mi vida pero esta vez, *sabía de dónde venía*.

El fuego desapareció, y con él, el dragón.

Volví a encontrarme solo en medio del puente, a unos pocos metros de la puerta principal del castillo.

-¿Qué vendrá ahora? -me pregunté.

Despacio, anduve esos metros hasta que llegué a la puerta y, sin pensármelo dos veces, la abrí y entré.

Justo al traspasar la puerta, ésta se cerró detrás de mí dejándome en una oscuridad absoluta. No podía ver ni oír nada.

Empecé a percibir un olor conocido... ¿pero qué es?, ¿cebolla?. Casi no podía creerlo, a los pocos segundos comencé a oír y a ver.

Me encontraba en una hamburguesería, precisamente la misma en la que aquella chica me había dado calabazas.

Me di la vuelta para salir de allí con tanta prisa que tropecé con una chica tirándole la bandeja al suelo. Tanto la bebida como la hamburguesa quedaron esparcidas por el suelo. Todavía no había asimilado el viaje desde el castillo hasta la hamburguesería y ya me encontraba en otra situación en la que tenía que reaccionar lo más rápido posible casi sin tiempo para pensar.

-Lo siento -dije- te compraré otra, no te preocupes.

-Bueno, en realidad, no estaba muy segura de querer introducir

toda esta comida basura en mi cuerpo, supongo que tú sólo me has recordado que tengo que hacer más caso de mi intuición...

Mientras decía estas palabras me fijé en ella con más detenimiento, era la chica más preciosa que había visto en mi vida.

...pero si quieres, podemos ir a algún otro sitio a tomar algo más sano -acabó diciéndome.

A la sorpresa por las palabras que acababa de escuchar se le unió la fascinación que esa chica ejercía sobre mí. Su voz me parecía una melodía celestial por decirlo de alguna forma. Era, o al menos eso me pareció en ese momento, la más dulce que había oído en mi vida. Su pelo era rubio y liso. Sus ojos eran del marrón más profundo que uno pueda imaginar, hablaban por sí solos. Y en cuanto a su sonrisa, sólo puedo decir que era la más sincera que había contemplado jamás.

-Me parece una idea perfecta -contesté-, a mí tampoco me gusta este tipo de comida, si te contara como he llegado hasta aquí, no te lo creerías... bueno... ¿conoces algún sitio en concreto?

-Sí, conozco un pequeño merendero en el que sólo sirven comida sana, además, está muy cerca de aquí y es muy asequible, eso sí, al acabar tienes que fregar los platos en una especie de pila, es la norma de la casa. Por cierto, ¿te llamas David, no?

-Sí -contesté sorprendido- ¿cómo lo sabes?

-Bueno, me he mudado hace poco aquí, y sólo llevo unos meses en el instituto pero recuerdo un día en el que te dolía la cabeza y saliste de clase, el profesor de matemáticas te llamó por tu nombre. Desde entonces te he visto varias veces pero estabas tan ensimismado en tus cosas que ni siquiera te has dado cuenta... hasta que hoy de repente, ¡BUM!, has hecho volar mi bandeja por los aires.

Los dos empezamos a reírnos a carcajadas.

-¡Dur tenía razón!, la única forma de encontrar a la princesa de tus sueños es... bueno, ya te lo contaré.

-¿Quién es ese tal Dur o como se diga, un amigo tuyo?

-Sí, por cierto, ¿y tú cómo te llamas?

-Me llamo Virginia, ¿qué te parece si me cuentas esa historia de la princesa de camino al merendero?.

Aquel día, Virginia, o quizás debería decir la princesa de mis sueños, y yo, hablamos sin parar de un montón de cosas. Después del merendero acabamos sentados en mi banco favorito del parque, justo aquel en el que un día pensé que era triste no tener a nadie con quien compartir ciertos momentos. Y el mismo en el que Dur había hecho su misteriosa y mágica aparición en mi vida.

Lo que a Virginia más le había llamado la atención de mí, aunque entonces ella no lo sabía conscientemente era lo que había aprendido con Dur en el bosque mágico.

Al anoecer dejé a Virginia en su casa, no sin antes haber quedado con ella para el día siguiente. Poco después, me encontraba caminando solo de regreso a mi casa. Mis padres, a esas horas ya estaban acostados así que entré de la forma más silenciosa posible para no despertarlos.

Al entrar en mi habitación, me fijé en una caja negra alargada que estaba encima de la cama. Tenía una nota con letra de mi padre que

decía:

“David, un señor llamado Dur o algo así te trajo esta caja hoy por la tarde, dijo que tú ya sabías lo que era”.

Al abrir la caja, no me sorprendió lo que encontré: La espada mágica con mi nombre grabado en la empuñadura. Tal y como me había dicho Dur, tendría que enfrentarme a otras pruebas en la vida y, ¿quién sabe? puede que volviese a necesitarla.

La colgué en la pared justo en dos ganchos que *casualmente* estaban ahí colocados.

Me tumbé en la cama con la luz apagada contemplando la espada gracias a la luz de la luna que se filtraba por la ventana.

En esos momentos *supe* quién era Dur, los misterios y dudas de mi larga lista quedaron resueltos tal como él me había dicho. Dur tenía razón, no era la primera vez que nos habíamos cruzado en la vida, ni sería la última.

Pensando en todo esto me dormí... o quizás debería decir *me desperté*.

© 2003 , 2016 José Antonio Carretero Sevilla
joseantoniocarreterosevilla@gmail.com